

[PENSAR LAS HISTORIAS]

La urgencia del relato, hoy, en Colombia
Marie Estripeaut-Bourjac

Usos de la narrativa como herramienta de
evaluación estratégica
Natalia Franco

Entre la soledad y el absurdo: ciudadanías en medio
de la Vorágine
Clemencia Rodríguez

La pregunta como acto de memoria
Patricia Nieto

La ideología del cheverismo
Omar Rincón

La urgencia del relato, hoy, en Colombia

Marie Estripeaut-Bourjac

IUFM d'Aquitaine-Université Montesquieu-Bordeaux IV
estrjac@wanadoo.fr

En febrero de este año, Omar Rincón me pidió que diera un concepto sobre las diversas *Historias de la gente sobre conflicto y reconciliación en Colombia*, iniciativa auspiciada por diversas instituciones (Universidad de los Andes, Universidad Autónoma de Manizales, Universidad de Harvard, Red Prodepaz, Asociación de Fundaciones Petroleras, Colciencias, Fundación AVINA).

Para tal efecto, propongo partir de la siguiente reflexión de Alfredo Molano, nacida de la observación de los relatos que recogió sobre la violencia de los años cuarenta a sesenta: “[...] durante veinte años de nuestra historia el verdadero Presidente de la República fue La Muerte”¹²⁷. Bien es cierto que para Colombia, dar cuenta de esta violencia secular y endémica forma parte de su tradición literaria. Así, para Karl Kohut¹²⁸, si hubiese que establecer una diferencia entre la literatura colombiana y la de los demás países del continente, muchos dirían que se caracteriza por la violencia.

Hoy, sin embargo, decir “la violencia” ha tomado nuevas formas y nuevas modalidades. Se encara directamente a partir de la experiencia y las vivencias cotidianas de sus actores, víctimas o testigos. Es lo que indica la diversidad de lugares desde los cuales representar y simbolizar una situación, que también presenta nuevos aspectos. La escritura de esta guerra irregular y con múltiples actores recae ahora en un “yo”, que revela cómo la violencia invade hasta lo más íntimo de su ser y deteriora tanto su entorno cotidiano como su identidad y, por ende, su psiquis.

I. ¿Cómo hablar de ésta escritura?

Se supone que mi intervención aquí tiene por misión representar un sector de las voces de la “academia”: el de los diversos analistas del lenguaje. ¡Vaya tarea! ¿Cómo hablar, desde la ribera universitaria, de estas producciones? ¿Cómo dar cuenta de estos textos? Lo que plantean exige, en efecto, un nuevo tipo de análisis de lo escrito: inmerso en la realidad hasta los codos o con los pies en el lodo, en todo caso muy lejos de la “academia” o, por lo menos, de los criterios al uso. Estos relatos no se pueden desvincular de la situación de urgencia vivida hoy por el país. En este

¹²⁷ Alfredo Molano y William Ramírez, “A manera de introducción”. En Alfredo Molano, *Los Años del Tropel*, Bogotá: Cinep, 1985, páginas 22-33.

¹²⁸ Karl Kohut, “Imaginación contra barbarie”. En Karl Kohut (ed.), *Literatura colombiana hoy, Imaginación y barbarie*, Madrid: Iberoamericana, 1994, páginas 9-24.

contexto de conflicto armado, ¿para qué sirve contar historias? ¿Qué significan y qué aportan en el momento en que se construyen y empiezan a circular?

La primera respuesta a estas dos últimas preguntas reside en las certezas que motivaron este proyecto de narrativas para la convivencia y reconciliación. Su elaboración y puesta en circulación nace de:

*“[...] una certeza teórica; sin narración no es posible la reconciliación ni la paz, porque necesitamos contarnos para saber de dónde venimos y para dónde vamos [...] sin narración no hay memoria, sin narración, no hay identidad, sin narración no es posible el sentido. [...] La narración es parte integral de una estrategia de desarrollo y paz, no es un anexo, tampoco un exótico, ni mucho menos un efecto demostrativo”.*¹²⁹

La segunda respuesta se desprende de la afirmación de la narración como la mejor forma de comprender la realidad: “[...] si no sabemos por qué nos estamos matando, nunca sabremos por qué debemos convivir en paz”¹³⁰. La tercera respuesta viene formulada por Javier Moncayo en el DVD que acompaña los textos: “La paz no se hace solamente desde el centro”. Estas producciones demuestran, por lo tanto, la voluntad de salir de esquemas, cifras y generalizaciones, para prestar atención a las particularidades: “Cada región [...] ha experimentado la violencia de diferentes maneras y [...] tiene diferentes percepciones de los actores armados”¹³¹. Esto significa que la memoria tampoco se elabora desde el centro: “Todos (víctimas y guerreros) tienen derecho sobre la memoria [...]”¹³². Finalmente, la equivalencia entre memoria y paz constituye el postulado que orienta el proyecto emprendido.

Para cumplir con tales propósitos, estos relatos apuntan a “convertir al ser humano en protagonista de su historia”¹³³. Esta afirmación, que puede parecer rápida, supone en realidad una evolución epistemológica muy profunda. Significa, en efecto, interesarse en un nuevo sujeto productor de conocimiento y, por ende, destacar otro tipo de conocimiento que se sitúa, de entrada, fuera de la academia y del discurso oficial. Se trata de escuchar, transcribir y hacer circular la vida cotidiana de la gente del común, de la gente de a pie, de los que viven en medio del conflicto.

Dicha meta exige varias etapas: relatar, escuchar, transcribir, volver a relatar, armar el relato, etc. Tales cadenas procesales entre diversos seres humanos –que representan

¹²⁹ Natalia Franco y Omar Rincón, “Narrativas para la convivencia y reconciliación, metodología en proceso”. Documentos comunicados por los autores, página 1.

¹³⁰ *Ibid.*, página 6.

¹³¹ *Ibid.*, página 7.

¹³² *Ibid.*, página 13.

¹³³ *Ibid.*, página 7.

otros tantos sectores sociales— revelan así la naturaleza y el estado de unas relaciones de poder, mediatizadas por el lenguaje. Estos relatos, que forman parte de la categoría del testimonio, y en general de toda escritura que pretende “hacer hablar al otro”, implican de facto diversas estrategias para transcribir la presencia de dos lenguajes sociales en el seno de un mismo texto. En la relación entre el transcriptor, o mediador, y el testigo, se juegan por lo tanto las modalidades de una toma de conciencia de un lenguaje por otro, y de unas relaciones de fuerzas que se instauran entre ellos por este canal. La escritura testimonial es el crisol de un sincretismo lingüístico, y cada relato remite a un estado de la negociación entre unos equilibrios inestables y precarios, sometidos a constantes recomposiciones y renegociados sin cesar. Esta dinámica pone así a la práctica testimonial en el centro del manejo de las relaciones de fuerzas entre diversos lenguajes y clases sociales.

Los fenómenos lingüísticos en juego en el testimonio revelan una evolución en el nexo entre dominio de la lengua, posición social y poder. Las dinámicas propias a este “espacio de mediación” (Serge Gruzinski), muestran hoy una nueva concepción del individuo, de su papel y de su responsabilidad en la marcha del mundo. Estas nuevas modalidades para tener en cuenta las voces “otras”, simbolizan así la voluntad de construir nuevos pactos para tejer lazos y diálogo entre diversas clases sociales y estamentos. En efecto, el proceso que Natalia Franco y Omar Rincón llaman “multimediación” o “multiautoría”, no solo describe todos los pasos de intervención para la producción de los relatos, sino también una gran diversidad social. Intervienen la gente que contó, el profesional que recogió la información y “convivió con el autor de la historia”, los asesores narrativos que trabajaron desde la universidad, los directivos de Prodepaz que orientaron el proceso, el comité editorial. Estas múltiples mediaciones constituyen una coralidad, propia de esta escritura, que permite así la reapropiación de una historia común: “todos los que intervenimos nos sentimos parte de cada historia”¹³⁴.

El estatuto híbrido de la escritura testimonial transgrede las categorías literarias tradicionales e impone nuevas condiciones de recepción y de circulación. Induce también a interesarse en el relato en primera persona, en tanto manifestación de una identidad que busca medios de expresión aptos para narrar la experiencia vivida y cumplir con un deber de memoria. Estos relatos proponen además la narración como medio de catarsis colectiva y terapia social. Para alcanzar tal propósito, ponen en práctica nuevas formas de anonimato y, ¿por qué no?, otra concepción de este. Y demuestran así que la noción de estilo ha desaparecido, como las de expresión personal y de individualidad, para dejar paso a una coralidad social.



¹³⁴ *Ibid.*, página 9.

Sin embargo, a la hora de analizar esta escritura, su polifonía impide entresacar las particularidades de cada relato. Es entonces preciso, en un primer tiempo, no aprehender cada uno en su especificidad, e interesarse más bien en las temáticas y los paradigmas compartidos por todos. Partiendo de eso, será posible preguntarse si se destacan modos específicos de relatar y de interpretar los hechos, y si el género, por ejemplo, marca diferencias entre relatos y formas de narrar.

II. El tiempo, el espacio, el rumor

Unos rasgos compartidos se desprenden de las percepciones del tiempo y del espacio. La mayor parte de los testigos mencionan un “antes”, un tiempo idílico, roto por la llegada de gente armada, cualquiera que sea: “Hoy, que tengo veintinueve años, aún no logro entender cómo los seres humanos pueden partir la vida de una familia en dos: un antes y un después. Esa fue una tragedia familiar”¹³⁵. Esta intrusión significa una destrucción de la cotidianidad de ese “yo” testimonial, y revela su situación social: forma parte de la gente de en medio que, precisamente por eso, no puede hablar ni opinar. O está con unos o está en contra.

El terror cotidiano instaura la vivencia de un tiempo parametrado por el miedo. Le dan a Islena un plazo de diez años: “Yo, voy a cumplir diez y medio y aún estoy viva [...]. A estas alturas creo que con todo lo que me han hecho no me voy a morir en esas circunstancias. Uno aprende a convivir con el miedo...”¹³⁶ Este tiempo está medido y calculado en función de la muerte: “Tomé las vacaciones de la empresa. Ya no tenía sentido acumularlas... Si me mataban, ¿de qué me servirían?”¹³⁷. La muerte y el miedo imponen replantearse las relaciones afectivas y darles nuevos contenidos. Islena siente así culpabilidad ante su hija, y le pide a Dios:

“[...] que me permitiera verla un poco más grande, que me dejara compartir más tiempo con ella.

[viaja] cuando regresé [...] venía segura de que se debe amar la vida pero también la muerte. Nunca lo había pensado. Me preparaba para morir [...].

*Yo estaba amando la muerte –no tenía otra opción– y estaba muy tranquila. Cuando me acostaba dormía profundamente, sin sobresaltos. Siempre me despertaba puntualmente y me alegraba de estar viva”.*¹³⁸

¹³⁵ “Aún no logro comprender”, relato de Jennifer Pacheco.

¹³⁶ “Amo la vida, también a la muerte”, relato de Islena Rey.

¹³⁷ *Ibid.*

¹³⁸ *Ibid.*

El “antes” del tiempo idílico está íntimamente ligado a un territorio: “Ese pueblo para mí era hermoso por su gente amable y, además, porque todo el mundo me conocía. Era feliz al caminar por San Jacinto, Bolívar”¹³⁹. El terror experimentado a diario reduce así el espacio, y lo mide: “[...] no voy ni a la tienda sola. Siempre estoy con las escoltas y por eso mismo no tengo privacidad”¹⁴⁰.

Estos relatos hacen vivir el acoso psíquico al que están sometidos los testigos por la invasión de su entorno, tanto privado como público, y convierten dicho acoso en la apuesta principal del conflicto colombiano. Se trata, en efecto, de una pelea por el control y el dominio del espacio real y simbólico. Este espacio físico negado a los desplazados es también un espacio social: “En los sitios de trabajo, si se daban cuenta de que eras desplazado, durabas máximo tres días y te echaban. [...] A la vista de la sociedad en general [...], los desplazados somos unas personas *chiringosas*, mal habladas, que olemos a feo [...]”¹⁴¹.

Sin embargo, ante la negación y la privación de espacios, estos relatos crean otros. Mediante la escritura testimonial, la sociedad civil y varias organizaciones buscan abrir vías de circulación de la palabra. Los diversos testimonios, que son todos de resistencia y de negarse a, conquistan, llenan, ocupan un espacio simbólico común, y construyen así ese relato identitario que la clase dirigente y las élites políticas colombianas no supieron o no se interesaron en construir¹⁴².

Esas historias cuentan casos de rebeldía, excepto uno, el del rumor. Éste último circula libremente, por todos lados y en todos los bandos, y se compone de múltiples voces anónimas: boleteo, chismes, llamadas telefónicas. La narrativa colombiana de la violencia de los años cuarenta ya había registrado esa voz “neutra”, sin dueño¹⁴³: “la gente decía que”, “los rumores decían que”, “porque cuando el río suena, piedras lleva”¹⁴⁴. Sin embargo, los diversos “asesor[es] de historias” (Omar Rincón) de estas narrativas para la reconciliación y la convivencia, son los primeros en reconstruir los rumores y en identificar su rol fundamental en el conflicto:

“[...] en nuestra cultura, basada en la tradición oral, [...] los rumores se convierten en parte estratégica del conflicto. No hay autor. Son narrados tal

¹³⁹ “Aún no logro comprender”, *op. cit.*

¹⁴⁰ “Amo la vida, también a la muerte”, *op. cit.*

¹⁴¹ “Mi dignidad, mi dignidad vale más que todo lo que se perdió”, relato de Rosalba Luna.

¹⁴² Ver: los diversos trabajos de Daniel Pécaut sobre el tema.

¹⁴³ Ver, por ejemplo: Gustavo Álvarez Gardeazábal, *Cóndores no entierran todos los días*, Barcelona: Ed. Destino, 1972.

¹⁴⁴ “Los rumores del tubo”. El tema del rumor, cuyas especificidades lingüísticas he desarrollado en otra parte.

y como si el protagonista de la historia fuera el relator, aunque este, a su vez, la haya escuchado de alguien más. Es una cadena sin fin de miedos".¹⁴⁵

Mediante la circulación indiscriminada del rumor, se forja la opinión, se emiten juicios y se deciden acciones futuras. Hay rumores de paro: "Allá en Bogotá dicen 'esos son unos miedosos', pero acá la realidad es otra. Esa es la otra cara del rumor"¹⁴⁶. Analizar esta voz sin dueño permite aprehender uno de los mecanismos de la construcción de situaciones de miedo: "Así comienza un murmullo que después se convierte en pánico general"¹⁴⁷. La distancia permitida por la posibilidad de relatar, pone de realce el uso del chisme como estrategia en el conflicto colombiano. Así lo emplea un capitán del Ejército: "Hablaban así para que los demás lo oyeran. Al otro día, hombre muerto"¹⁴⁸.

Sin embargo, ante esta voz anónima, el acto de contar con voz propia y en primera persona hace emerger la verdad. Tomar la palabra, hacer uso de la voz, romper el silencio impuesto, es, en efecto, destruir y desmitificar el rumor. Es lo que le pasó al capitán: "Hasta que un día alguien se le paró. [...] el tipo empezó a gritar: 'el capitán me va a matar'. El hombre le hizo escándalo. Entonces la población aterrizó..."¹⁴⁹.

III. La mujer y la dignidad

La importancia de tomar la palabra y de afirmarse mediante ella se convierte en el mensaje principal de este conjunto de relatos. Bajo este aspecto sobresale una marca genérica. Para las mujeres usar el verbo en público representa transgredir su condición y, cuando lo hacen, alcanzan la voz. Un tipo amenaza a Islena por teléfono: "[...] lo interrumpí. Le contesté peor. Con toda la ira que tenía acumulada le dije todos los insultos que me sabía. [...] Entre más le hablaba, más me envalentonaba"¹⁵⁰. Apoderarse de su voz significa una liberación: "Hoy me da risa y si puedo reírme es porque me quité de encima la presión psicológica que querían imponerme"¹⁵¹.

Sabemos desde hace tiempo que las marcas genéricas no residen en ninguna "esencia", ya que las mujeres pueden ser tan valientes o tan crueles como los hombres. Lo que ellas narran aquí son estrategias de supervivencia y de enfrentamiento al

¹⁴⁵ *Ibid.*

¹⁴⁶ *Ibid.*

¹⁴⁷ *Ibid.*

¹⁴⁸ *Ibid.*

¹⁴⁹ *Ibid.*

¹⁵⁰ "Amo la vida, también a la muerte", *op. cit.*

¹⁵¹ *Ibid.*

conflicto específicas, debidas no tanto a su misma condición biológica, sino más bien a su papel social. Sus relatos se caracterizan por contar su cotidiano, porque se da por sentado que son cobardes y débiles para la guerra y que, por lo tanto, deben quedarse en el ámbito casero. Tal vez por ser vinculada culturalmente al campo afectivo y al cuidado de los demás, la mujer hace el trabajo de Antígona: es la que se atreve a hurgar sin cesar los rastros de sus muertos. Rosalba busca, así, el cadáver de su hermano: “Visité casi todos los cementerios de las poblaciones cercanas. También buscaba entre los cadáveres que aparecían en la carretera”¹⁵².

Rosalba representa una transgresión de la condición femenina, pero también del estatuto de la víctima, del oprimido y de la gente de en medio. Es una mujer que nunca se calla y que incluso cifra su dignidad en el acto de hacer uso de su voz. Un ingeniero de las obras insulta a los desplazados: “Yo no aguanté más y me paré y le dije: ‘mire señor, así como usted exige respeto, nosotros también se lo exigimos’. [...] todos tenían miedo de hablar”¹⁵³.

De manera más general, la dignidad, el reconocimiento y el valor de tomar la palabra, son temas recurrentes en esta serie de relatos, que pasan así a constituir “una estrategia para dignificar su vida”¹⁵⁴. Los diversos testigos cuentan a sus compatriotas el heroísmo del diario vivir: “[...] no son las historias de los guerreros ni de las víctimas, son los relatos de la dignidad del sobreviviente”¹⁵⁵. Islena formula este aspecto con sus propias palabras: “Si me iba a morir lo haría de pie, con la frente en alto. Al único que le doblo la rodilla es al Dios de mi vida [...]”¹⁵⁶. Estas voces están ocupando, de manera simbólica, el espacio de la sociedad civil en medio de la guerra desde el cual contrarrestar este dictamen: “El que está en el medio es el que pierde”¹⁵⁷.

La multiplicidad de relatos que surgen desde diversos estratos sociales, realidades y partes del país, dibuja así una geografía testimonial y una sociología narrativa. Con sus voces, sus modos de contar y sus memorias, estas historias buscan (re)construir el país, vencer la amnesia amparada por el relato oficial y dar a conocer otra Colombia. En efecto, entre dichas historias:

*“[...] muy pocas hablan de victimarios, guerreros o víctimas sufrientes. Todas dan cuenta de un país que sobrevive con dignidad, que ha hecho de la reconciliación su proyecto de vida, que quiere contar sus modos de estar vivos, eso es ya un heroísmo”.*¹⁵⁸

¹⁵² “Mi dignidad, mi dignidad vale más que todo lo que se perdió”, *op. cit.*

¹⁵³ *Ibid.*

¹⁵⁴ Natalia Franco y Omar Rincón, *op. cit.*

¹⁵⁵ *Ibid.*, página 12.

¹⁵⁶ “Amo la vida, también a la muerte”, *op. cit.*

¹⁵⁷ “Mi dignidad, mi dignidad vale más que todo lo que se perdió”, *op. cit.*

¹⁵⁸ Natalia Franco y Omar Rincón, *op. cit.*, página 18.

Cabe finalmente destacar otro tema ya no recurrente, sino subyacente a estos relatos, y que corresponde a un proyecto preciso, la reconciliación:

“La reconciliación nacional, la paz, no es una firma, un decreto o una declaración política, sino el camino de todo un pueblo herido y victimado que ofrece y da perdón, que conoce su historia y los responsables de la misma y demanda reparación y justicia.”¹⁵⁹

La presente producción de narrativas se integra así en una iniciativa para el fortalecimiento de la sociedad civil en Colombia, que parte del individuo, de sus vivencias y de su forma de simbolizarlas mediante el uso del lenguaje. Este proceso significa una nueva manera de enfocar el conflicto desde lo que caracteriza al ser humano, su capacidad verbal y simbolizadora:

“El conflicto colombiano es, también, un duelo de relatos. Por ahora, han ganado los testimonios del Estado, los victimarios, los medios de comunicación y la academia. Por ahora, las historias del país de la dignidad del no-guerrero, del sujeto colectivo que ha sobrevivido en medio de la guerra, del sobreviviente que ha enfatizado su rol como ciudadano por encima del guerrero, no han llegado a ser parte del gran relato nacional de la violencia.”¹⁶⁰

Por otra parte, la diversidad social y la coralidad que presiden a la elaboración de los relatos, significan el establecimiento de “nuevos pactos de confianza” social, “escuchando lo que la gente quiere decir [...]”. Esta reconstrucción polifónica de la historia y de la memoria se halla, de hecho, en permanente construcción: “[...] los que producimos las historias buscamos nuevos sujetos, otros procesos y sobre todo diversificar los modos de contar”¹⁶¹.

Por eso, los asesores de historias reivindican el aspecto incompleto de lo que ellos llaman un *working progress*. Este cariz inacabado se convierte en metodología, en un continuo ir y venir entre la realización y la reflexión, para entresacar evaluaciones, y reorientar la primera al tiempo que se enriquece la segunda. Se elabora así “una estrategia para producir documentos públicos de conciencia colectiva”¹⁶², puesto

¹⁵⁹ Cirilo Santamaría, *ibid.*, página 5.

¹⁶⁰ *Ibid.*, página 6.

¹⁶¹ *Ibid.*, página 20.

¹⁶² *Ibid.*, página 5.

que esta conciencia no emerge por sí sola, nace de un proceso analítico, al cual nutre a su vez.

* * *

Estos relatos se integran en un movimiento que parte de la sociedad civil, y responde a la necesidad urgente de ofrecer una terapia narrativa al individuo. Pero es también una preocupación compartida por la investigación contemporánea y las artes plásticas, entre otros campos. Su propósito puede resumirse en la opinión de Jesús Martín Barbero, para quien las tareas urgentes para Colombia hoy son las de “articular nación” y “renarrar este país”¹⁶³.

En efecto, este frenesí testimonial que se ha apoderado del país, muestra cuán urgente es que hablen y cuenten todos, por duro e insostenible que sean los relatos (las confesiones de los paramilitares, por ejemplo). Mientras más hablen y liberen la palabra unos, más gente hablará. Cualquiera que sea el resultado, quedan la posibilidad de contar y la dignidad de haberlo hecho. Lo que nos enseñan estas voces desde el espacio común que están conquistando, es que nadie nos puede quitar nuestra historia y nuestra memoria.



¹⁶³ Jesús Martín Barbero, entrevista hecha el 02/07/05.

Usos de la **narrativa** como **herramienta** de evaluación **estratégica**

(Experiencia de la Corporación Programa de Desarrollo para la Paz del Magdalena Centro)¹⁶⁴

Natalia Franco

Facultad de Administración, Universidad de los Andes
nfb@adm.uniandes.edu.co

El rol de la narrativa no ha sido ampliamente desarrollado en los estudios organizacionales, y en particular no tenemos evidencia de estudios sistemáticos sobre su aplicación en ejercicio de aprendizaje organizacional en el tercer sector. No obstante, a través del trabajo desarrollado por la Universidad de los Andes con los Programas de Desarrollo y Paz, se quiso indagar en el uso de la narrativa como herramienta organizacional útil para hacer conciencia sobre la estrategia de la organización y su pertinencia, a partir de la lectura del entorno y los aprendizajes de la comunidad circundante.

Partiendo de esta premisa, se realizó, durante el primer semestre de 2009, un ejercicio práctico en el programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Centro (con sede en el municipio de La Dorada), el cual estuvo enfocado en desarrollar un análisis de las narrativas recolectadas en la región, estableciendo su utilidad para evaluar cada uno de los objetivos estratégicos y programas desarrollados por el PDP.

El ejercicio se realizó como una aproximación empírica y exploratoria, con el fin de probar metodologías y motivar a los PDP en el uso de las historias de los pobladores, para su ejercicio estratégico cotidiano. En ningún caso la experiencia aquí ilustrada puede ser considerada como un experimento científico válido para la construcción teórica en torno al uso de la narrativa en procesos organizacionales, pero sí como una experiencia que abre las puertas a futuras investigaciones.

Dicho proceso buscó en las historias de los pobladores algunas frases o fragmentos emblemáticos que permitieran establecer relaciones con los postulados del PDP. A partir de allí, se construyeron recomendaciones para que el Programa desarrolle un sistema de aprendizaje sobre sus planes y proyectos, generando evaluaciones cualitativas periódicas a través de la recolección de historias y testimonios de sus beneficiarios. Así mismo, se resaltó el rol de las narrativas como herramientas de intercambio de conocimientos entre pobladores y organizaciones, ejercicio que

¹⁶⁴ Ejercicio desarrollado por Laura Tobar, asistente de investigación de la Facultad de Administración de la Universidad de los Andes, bajo la tutoría de Natalia Franco Borrero, profesora de esta misma facultad.

contribuye a la estructuración y fortalecimiento de los programas y proyectos que desarrolla la organización.

El proceso analítico partió de la revisión del plan estratégico del PDP y la consecuente identificación de los principales proyectos en ejecución en la región (columnas uno y dos de la matriz). Con esta comprensión de la propuesta estratégica del PDP y su estructura programática, se inició la revisión de las narrativas recolectadas y la construcción de posibles relaciones:

PROYECTO	OBJETIVOS	INFLUENCIA NARRATIVAS	¿CÓMO?	EJEMPLO EN LAS NARRATIVAS DE LA DORADA
Diagnóstico Participativo y Prospectivo de la Región Magdalena Centro.	Identificar problemáticas y potencialidades Fortalecer la organización social.	Formulación estratégica Gestión Estudio cualitativo.	Entender la visión de la comunidad y su capacidad para visualizar nuevas oportunidades. Acercarse a sus puntos de vista. Estudiar conocimientos de la comunidad para contribuir al fortalecimiento de la organización. Estudio cualitativo: contribuir a un diagnóstico que identifique las problemáticas y potencialidades.	Dolores en Vietnam: Relación e interacción entre la comunidad en el surgimiento de conflictos. Casa fantasma y Villa Cuchillo: Comportamiento y tendencia de jóvenes rodeados por el conflicto. Una visión inolvidable y El incendio: Miedos de la población y prevención constante por el conflicto armado. Viaje sin regreso: Sentido comunitario y de colaboración de algunos pobladores.
Prevención al uso disfuncional de sustancias psicoactivas.	Red de facilitadores de propuestas preventivas y ayuda efectiva en la comunidad Acciones integrales.	Aprendizaje organizacional Gestión: Retroalimentación.	Conocer el papel que cada familia cumple en la comunidad y su forma de subsistencia. Entender las fuentes de generación de confianza y participación en el barrio. Método para compartir conocimientos y casos de éxito. Crear compromiso y responsabilidades de los diferentes actores para hacerle frente a la problemática mediante la interacción por parte de narrativas.	Dolores en Vietnam: Actitud de diferentes actores y posición frente a la situación. Casa fantasma: Tendencias de consumidores, diferentes tipos de reacciones y cambios sociales. Villa Cuchillo: Comportamientos de jóvenes consumidores y conflictivos.
Movimiento de Niños y Niñas Sembradores de Paz.	Capacitación de jóvenes y líderes facilitadores Niños vulnerables: Semilleros.	Gestión Aprendizaje • Cambio de perspectiva.	Apoyar el crecimiento sano de los niños, atacando problemáticas comunes que influyan en su desarrollo. Desarrollar aprendizajes sobre conocimientos ancestrales (narrativas educativas). Tratar temas claves identificados en las narrativas con las familias.	Dolores en Vietnam: Niños que crecieron en un ambiente hostil pueden tener una tendencia de desarrollo. Casa fantasma: Peligros sociales a los que están expuestos los niños desde edades muy cortas. Villa Cuchillo: Comportamiento y tendencia de algunos jóvenes rodeados por el conflicto.

PROYECTO	OBJETIVOS	INFLUENCIA NARRATIVAS	¿CÓMO?	EJEMPLO EN LAS NARRATIVAS DE LA DORADA
Asistencia Alimentaria.	Desarrollo integral para personas de escasos recursos.	Formulación estratégica.	Desarrollar conocimientos sobre métodos de producción. Generar aprendizaje sobre prácticas ancestrales (narrativas educativas). Fortalecer un acercamiento a las personas y sus conocimientos, que puedan convertirse en oportunidades de desarrollo.	No se han recolectado aún narrativas que aporten en esta área.
Lechero	Iniciativas gestión empresarial Generar compromiso de la organización con la comunidad.	Aprendizaje organizacional.	Socializar métodos para mantenerse al margen del conflicto. Compartir e intercambiar conocimientos. Evitar o solucionar problemas entre las familias lecheras. Desarrollar mecanismos para mantener buenas relaciones en pro del progreso y desarrollo económico.	Pescadores: Cómo se vio interrumpida su labor por miedos. Viaje sin regreso: Influencia de la naturaleza en las actividades del día a día.
Forestal	Unir esfuerzos, experiencias, conocimientos y recursos, para aprovechar nuevas oportunidades Mejorar nivel de ingresos.	Gestión Aprendizaje organizacional.	Intercambiar experiencias y conocimientos. Retroalimentar y evaluar los procesos, para mejorarlos y optimizarlos. Generar confianza y participación entre los actores. Lograr una fluidez de la comunicación dentro del proyecto. Acercarse y conocer a cada miembro de la comunidad.	Dolores en Vietnam: El crecimiento de jóvenes en un entorno de conflicto, puede generar problemas en su desarrollo. El incendio y Una visión inolvidable: Miedos a los que se enfrenta la población. Profundizar sobre cómo estos afectan sus actividades.
Proyectos de Beneficio Comunitario PBC de ISA en los Municipios de Puerto Boyacá y Yacopí.	Gestionar, asesorar, acompañar y coordinar la definición, ejecución y entrega de los PBC de las comunidades organizadas e influenciadas por los proyectos de interconexión eléctrica.	Formulación estratégica Gestión.	Aprender sobre el entorno y conocerlo. Identificar los principales actores locales y sus necesidades.	Villa cuchillo y Casa fantasma: Necesidad de alejar a las futuras generaciones del consumo de drogas que puedan afectar su desarrollo y comportamiento social. El incendio y Los chuzos: Miedo y prevención ante extraños, sentimiento de la comunidad.

La anterior matriz de relaciones fue construida a partir de la metodología de “*cross-case analysis*”, planteada por M. Quinn Patton en su libro “*Qualitative Research & Evaluation Methods* (2002). Una vez recolectadas las diferentes narrativas citadas en la matriz, se organizó la información mediante un sistema de agrupación de testimonios, en torno a un asunto central predefinido (visión del conflicto por parte de los pobladores). Las categorías de análisis se construyeron a partir de una identificación de patrones, temas y categorías relacionados con la propuesta estratégica del PDP, y se extrajo la información que parecía relevante para la lectura de su entorno.

La fase final del análisis (cómo y ejemplos) se construyó de manera deductiva, a partir de fuentes secundarias sobre la situación de conflicto en la región, y del contenido de las historias seleccionadas. Se evaluó la pertinencia de los patrones, temas y categorías de la información arrojada, y se seleccionaron los mejores ejemplos para ilustrar cada categoría.

Conclusiones y recomendaciones

Uno de los aportes más significativos de las narrativas es que contribuyen a la lectura del entorno, de forma tal que la organización puede tener más claras las necesidades y aspectos críticos a tratar en la región.

De este modo, teniendo una visión del entorno y unos proyectos y objetivos planteados, puede llevarse a cabo un estudio cualitativo que incluya no solo narrativas sino entrevistas a profundidad y charlas grupales con diferentes actores. Esto contribuiría al mejor desarrollo de los proyectos, y a una construcción de lazos de confianza entre la organización y aquellos pobladores que tienen la posibilidad de relatar sus historias y encuentran una respuesta del PDP en el diseño de sus proyectos.

En síntesis, las narrativas contribuyen a:

- Identificar las fortalezas y debilidades, con el fin de evaluar alternativas de la organización y proyectar los alcances de sus proyectos.
- Reducir las informalidades que puedan afectar los proyectos, de forma que se genere confianza y se regule el flujo de información en pro de los proyectos y actividades.
- Desarrollar aprendizajes sobre las distintas respuestas y reacciones ante situaciones difíciles. Los relatos ilustran situaciones de éxito o fracaso ante problemas de gran magnitud.
- Sacar el mayor provecho del conocimiento popular, por medio de narrativas que contribuyan a intercambiar conocimientos y aporten al aprendizaje, no solo organizacional, sino también de la comunidad.
- Identificar nuevas oportunidades, y aprovecharlas para contribuir al aprendizaje organizacional.

- Comprender la realidad de las situaciones locales, antes de formular los proyectos de intervención.
- Contribuir a un clima de confianza y sinergia entre los miembros de la comunidad, para guiarlos teniendo en cuenta la autoridad moral de su líder y otros. Esto puede hacerse mediante charlas y recolección de nuevas historias, que brinden identidad a las personas y logren mayor integración de la comunidad.
- Promover la ética y la integridad de las personas, mediante historias que muestren casos de causa-efecto frente a ciertos comportamientos que quieren evitarse en la comunidad.

A través de las narrativas se aprende además sobre la persona que narra, pues nos permiten un acercamiento a su visión, opiniones y aspectos que considera importantes. Conocer mejor a las personas permite un mejor desarrollo de los proyectos y un mayor aprovechamiento del capital social local.

Entre la **soledad** y el **absurdo**: ciudadanía en medio de la **vorágine**

Clemencia Rodríguez

Department of Communication. The University of Oklahoma
clemencia@ou.edu

“Todo es mentira”

Manu Chao

¿Cómo es posible que el acto fundacional de la democracia sea un papel estampillado por el Estado? Esta es la pregunta que se hace la politóloga Chantal Mouffe y a la que responde con un llamado a replantear el concepto de ciudadanía. Si la primera piedra de la democracia es el ser ciudadano, y estamos entendiendo la democracia más allá del simple acto de votar cada cuatro años, es decir, la democracia como proceso, como tomar el toro por los cachos y emprender el proceso de construcción de sociedad, de construcción de comunidad, entonces no puede ser que el “permiso” para participar en tal proceso esté condicionado a la voluntad del Estado. Como si para participar en el proceso democrático hubiera que ser ungido por la autoridad del Estado; la primera piedra de la democracia al estilo del monarca coronando a sus caballeros.

Entonces Mouffe propone una forma diferente de entender la ciudadanía¹⁶⁵, y la replantea “no como un estatus legal sino como una forma de identificación, un tipo de identidad política: algo que debe ser construido, no empíricamente dado”¹⁶⁶. Así pues, los ciudadanos no nacen como tales. No nacen. Se hacen. La ciudadanía no es un estatus concedido a partir de una característica esencial, si nació o no en el país, si paga impuestos o no, si tiene sida o no. Los ciudadanos deben constituir su ciudadanía en el día a día, a través de su participación en las prácticas políticas cotidianas: “El ciudadano no es, como en la teoría liberal, el receptor pasivo de unos derechos específicos, que disfruta la protección de la ley”¹⁶⁷. El ciudadano, o la ciudadana, no es la persona que simplemente se deja “llevar por la corriente”. En cambio, es la persona que decide intervenir en su entorno social con propuestas de cómo se deben hacer las cosas. Es la persona que no se contenta con que todo vaya a la deriva, sino que reflexiona sobre el entorno social, y actúa en la vida cotidiana tratando de moldear ese entorno de acuerdo con una visión de bien común.

¹⁶⁵ Chantal Mouffe, “Democratic Citizenship and the Political Community”. En Chantal Mouffe (ed.), *Dimensions of Radical Democracy: Pluralism, Citizenship, Community*, London: Verso, 1992, páginas 225-239.

¹⁶⁶ *Ibid.*, página 231.

¹⁶⁷ *Ibid.*, página 235.

Wolin¹⁶⁸ resalta la importancia del empoderamiento y los lugares donde este y la ciudadanía ocurren:

*“Un ser político no se debe definir del mismo modo que se ha venido definiendo al ciudadano, es decir, como el poseedor abstracto y desconectado de derechos, privilegios e inmunidades, sino como una persona cuya existencia se ubica en un lugar particular y cuyo sustento se deriva de relaciones bien circunscritas: la familia, los amigos, la iglesia, el barrio, el lugar de trabajo, la comunidad, el pueblo, la ciudad. Estas relaciones son las fuentes de las que los seres políticos derivan su poder –simbólico, material y psicológico– y que les permiten actuar conjuntamente. Pues el verdadero poder político implica no solo actuar de manera que se realicen cambios decisivos; también significa la capacidad de recibir poder, de ser objeto de la acción, de cambiar y ser cambiado. Desde una perspectiva democrática, el poder no es simplemente fuerza que se genera; es experiencia, sensibilidad, sabiduría, incluso la melancolía que podemos llegar a destilar de las diversas relaciones y círculos en los que nos movemos”.*¹⁶⁹

Los procesos ciudadanos pueden ser minúsculos, como mirar a los ojos a alguien en un entorno donde no se debe mirar a nadie, o pueden parecer totalmente ajenos a lo político, como por ejemplo no dejar que un enfermo de sida muera solo. Con base en una investigación etnográfica realizada en la comunidad de enfermos de sida en Vancouver, Michael P. Brown¹⁷⁰ explora cómo el concepto de ciudadanía de Mouffe se puede aplicar a las políticas del sida. Su análisis muestra claramente que prácticas como el “hermanazgo” (en la que un voluntario actúa como hermano o compañero de una persona con sida para ofrecerle apoyo físico y emocional) deben entenderse como acciones políticas cotidianas, como formas de intervenir en el entorno social ejecutadas y representadas por los ciudadanos. La teoría sobre la ciudadanía que propone Mouffe nos permite entender los esfuerzos cotidianos que hombres, mujeres y niños/as emprenden para darle nueva forma a nuestra vida y entorno, como acciones políticas, como procesos de constitución de ciudadanía.

¹⁶⁸ Sheldon Wolin, “What Revolutionary Action Means Today”. En Chantal Mouffe (ed.), *Dimensions of Radical Democracy. Pluralism, Citizenship, Community*, London: Verso, 1992, páginas 240-253.

¹⁶⁹ *Ibid.*, página 252.

¹⁷⁰ Michael P. Brown, *RePlacing Citizenship. AIDS Activism and Radical Democracy*. New York and London: The Guilford Press, 1997.

Amén de su naturaleza activa, la ciudadanía tiene que ver con el empoderamiento. En la medida en que los ciudadanos participan activamente en acciones que redefinen sus propias identidades, las identidades de otros y su entorno social, generan poder. Sheldon Wolin explica el concepto de poder como condición para la ciudadanía, que es mucho más que el simple hecho de exigir unos derechos: “[Ciudadanía] tiene que ver con la capacidad de generar poder, pues esta es la única manera como se establecen las cosas en el mundo. Tiene que ver también con la capacidad de compartir el poder, de cooperar en él, pues es así como se sostienen las instituciones y las prácticas”¹⁷¹.

A medida que voy leyendo las setenta y cinco páginas de *Historias de la gente*, se va perfilando la imagen de un ciudadano o una ciudadana en el entorno colombiano de conflicto armado. Una ciudadanía en medio de un entorno que más parece un escenario del teatro del absurdo. Una ciudadanía inmensamente sola. Una ciudadanía contra viento y marea, con voluntad de hierro.

Una ciudadanía en el absurdo

En Villavicencio (Meta), Islena está en peligro. Por ser ciudadana. Ella se niega a dejarse llevar por la abnegación y por el miedo, y se dedica a denunciar violaciones de derechos humanos. Tiene enemigos. La amenazan. La van a matar. Pero además del miedo y la incertidumbre, tiene que lidiar con el absurdo: “Las amenazas no paraban, cada vez eran más agresivas. Mi embarazo fue muy traumático, me preocupaba mucho que el bebé sufriera por todos los sustos que yo pasaba. Las famosas medidas provisionales en realidad no fueron más que un escolta que andaba en una moto vieja detrás de la buseta en la que yo me montaba. Me parecía tan absurdo que decidí irme en la moto del escolta: o me solucionaban la situación o se iban para el carajo”. La imagen de una mujer amenazada de muerte montándose en un bus público mientras su “escolta” va detrás en una moto vieja, pertenece más a una película de Emir Kusturica que a una sociedad que se las da de democracia.

En Líbano, Tolima, Olga María describe la experiencia de tantas comunidades colombianas arrinconadas entre dos (o tres, o cuatro) fuegos. Como en una sala de espejos de pesadilla, la realidad se distorsiona, nada es razonable, nada tiene sentido; ¿por dónde es la salida?: “Quienes asesinaron a mi marido fueron los de un grupo llamado Ejército Revolucionario del Pueblo, ERP. Nos extorsionaban y cuando él



¹⁷¹ Sheldon Wolin, *op. cit.*, página 250.

decidió no darles más plata, me lo mataron. Allí comenzó mi calvario: sostener el negocio y la finca, mantener a mis hijos y darles la universidad a los que estaban en Bogotá... Yo sola no podía, así que decidí poner los negocios en las manos de mi hijo mayor, que estuvo al frente de ellos durante siete años, hasta cuando llegaron los paramilitares y nos sacaron del pueblo argumentando que éramos auxiliares de la guerrilla. Ahí sí que no entendí nada. ¿Cómo íbamos a andar auxiliando a los asesinos de mi esposo?”.

En estos contextos, pienso que el solo hecho de mantener un escueto nivel de cordura es un acto político. Levantarse por la mañana, hacer el café, ver de la finca, son actos de ciudadanía que requieren inmensas cantidades de voluntad, de poder, para no dejarse aplastar por una realidad distorsionada que lo permea todo con el horror de lo absurdo, del no poder encontrarle sentido a la vida cotidiana. La guerra lo distorsiona todo. Lo que está abajo termina arriba. Como la esposa en *Persépolis*¹⁷², al quejarse porque en el marco del régimen de terror impuesto por el sectarismo (armado) musulmán, el director del hospital donde su esposo se muere es el tipo que limpiaba los vidrios; su única competencia para dirigir un hospital es ser un musulmán piadoso. O como en Irlanda del Norte, donde el antropólogo Allen Feldman describe cómo, en medio del caos de la guerra, lo que normalmente está afuera pasa a estar adentro y lo que está adentro pasa a estar afuera. Allí, el activismo político tuvo que esconderse en las más íntimas esferas de lo privado, mientras que lo más privado de los ciudadanos se ventilaba en esferas públicas, debido a la invasión de tecnologías de vigilancia en la vida cotidiana. Refiriéndose a las cámaras de video instaladas en las calles, un hombre declara: “¡Ellos conocen el diseño del papel de colgadura de tu cuarto y el color de tus calzoncillos!”¹⁷³.

En Colombia, en zonas donde la guerrilla, los paramilitares y el Ejército compiten por controlar a la gente y el territorio, las personas ya ni miran a los ojos. Andar con alguien, mirar a alguien, flirtear con alguien, puede ser interpretado como “ser amigo” de la guerrilla o los paras. En Puerto Matos (Arauca), un abrazo se convierte en condena mortal. El nuevo capitán del Ejército conoce bien cómo es la cosa allí. Él sabe que su abrazo es mortal y lo utiliza para “marcar” a las personas que quiere muertas. Sin disparar un tiro mata a varios, con solo abrazarlos. El absurdo de la guerra: un abrazo que mata. “Hasta que un día alguien se le paró”. El acto de resistencia a veces no es sino llamar las cosas por su nombre: cuando el abrazado comenzó a gritar “¡el capitán me va a matar!”, “la población aterrizó”.

¹⁷² Vincent Paronnaud y Marjane Satrapi, *Persépolis*, 2007, Sony Pictures.

¹⁷³ Allen Feldman, *Formations of Violence. Narratives of the Body and Political Terror in Northern Ireland*, Chicago: The University of Chicago Press, 1991, página 47.

El absurdo alcanza proporciones monumentales en el corregimiento de El Rosal (sur de Cauca) cuando el glifosato de las fumigaciones del gobierno cae en el acueducto: “Afortunadamente se dieron cuenta, o si no nos hubiéramos envenenado todos. ¡Hartos días sin poder consumir el agua!”. A primera vista, es un acto legítimo: los ciudadanos de este corregimiento están delinquiendo al sembrar coca, el gobierno responde con la acción de fumigar desde el aire para eliminar el delito. Pero si escarbamos un poquito, la historia no es tan simple. Estos mismos campesinos llevan clamando por respuestas de estos mismos gobiernos desde hace décadas, desde los tiempos de la Anuc, por allá en los sesenta. Es irónico que sus demandas de entonces hayan sido casi exactamente las mismas de las marchas cocaleras de 1996: infraestructura; léase centros de salud, escuelas, y carreteras y formas de transporte para sacar sus productos a los mercados, y que no les toque como a las familias campesinas del Caquetá, sembrar para engordar cerdos, ya que los cerdos pueden caminar ellos mismos, por los senderos de montaña, hasta el mercado; el maíz no¹⁷⁴. Léase políticas y créditos que le permitan a la familia campesina vivir con dignidad. Léase TIERRA. Que es lo mismo que dignidad, porque si no, la opción es empeonarse en una de las grandes haciendas ganaderas, como Larandia en Caquetá, o Bellacruz en Cesar. Empeonarse es existir en la estructura de clase colombiana, vivir bajo el mando de un terrateniente es vivir agachado, mirado y tratado como un ser inferior. Pero los gobiernos no escuchan. No ven. No aparecen por ningún lado. No responden. Y no solamente no responden a las demandas de los ciudadanos, sino que la única respuesta llega desde el aire en forma de veneno. “Fumigándolos es la única forma en que el estado colombiano se acuerda de que los campesinos existen”¹⁷⁵.

Una ciudadanía inmensamente sola

¿Será que García Márquez es prestidigitador? Porque va para más de cien años de soledad, desde 1886. La soledad de don Guillermo, en La Julia (Meta), tratando de sacarle el cuerpo a la guerrilla, los guerrilleros asediándolo: “Hermano, usted tiene que hacer parte de nosotros”, y don Guillermo con su respuesta estratégica: “ahí vamos viendo”. ¿Qué más le queda a un ciudadano en semejante soledad? ¿A quién va a recurrir? ¿Dónde están las instituciones que se supone lo protegen en momentos de asedio? Pero él no se deja. En medio de su inmensa soledad, les saca el cuerpo, uno menos para la guerra; ahí está el gesto político, la estrategia de resistencia, en ese “ahí vamos viendo”.

¹⁷⁴ Carlos Elías García Montes y Eulise Santanilla, *Recuperación Histórica y Análisis Cultural. Belén de los Andaquíes*, Bogotá: CINDE - Universidad Pedagógica Nacional, 1994.

¹⁷⁵ Diario del Sur, noviembre 17 de 1994, página 10A. Citado por María Clemencia Ramírez, *Entre el Estado y la Guerrilla. Identidad y Ciudadanía en el Movimiento de los Campesinos Cocaleros del Putumayo*, Bogotá: ICAHN, 2001, página 106.

Finalmente, convencido de que ha agotado el poder de su “ahí vamos viendo”, don Guillermo se desplaza. En Colombia, se podría pensar que existen varios tipos de desplazamiento. Por un lado, está el desplazamiento tipo El Salado, en los Montes de María, donde los grupos armados pretenden “desocupar el territorio”¹⁷⁶, en parte para acceder a las tierras. Llegan a las veredas y los pueblos, y le ordenan a todo el mundo que se vaya o si no los matan. Pero existe otro tipo de desplazamiento. Es el desplazamiento en contra de la voluntad del grupo armado. El grupo armado quiere que te quedes, que les sirvas. Pero tú agarras tu familia y te vas. ¿Cuántas historias no hemos escuchado todos sobre la familia que decide desplazarse antes de acceder a que una organización guerrillera o un grupo paramilitar recluten al hijo? ¿A la hija? ¿Al esposo? De los casi tres millones de desplazados, ¿cuántos colombianos habrán echado mano al desplazamiento como única forma de resistir el acoso de los grupos armados? El desplazamiento como forma de resistencia... ¡Vaya idea! ¿Qué tal que las familias afro-americanas de los barrios de Baltimore y Nueva York comenzaran a desplazarse antes de dejar que sus hijos sean reclutados por los gangs? ¿Qué haría Obama con cien mil familias acampando en los prados de la Casa Blanca? ¿Qué tal que las familias en Afganistán o Palestina se desplazaran antes de dejar que sus hijos sean reclutados por las milicias musulmanas? Tal vez es hora de comenzar a ver a la familia desplazada como la familia heroica, los que no se dejaron, los que lograron acumular el valor suficiente y la fuerza suficiente para moverse, los que se negaron a agachar la cabeza, los que se las ingeniaron para no quedar atrapados en las redes mortales de los grupos armados. En vez de ver a estas familias como víctimas y como una carga para la sociedad, tenemos que aprender a verlas como lo mejor del país, lo que más potencial tiene, familias llenas de fuerza, creatividad e ingenio, y quién sabe qué otra cantidad de recursos más, seres humanos con enormes capacidades de contribuir a construir nación.

En Pamplona (Norte de Santander), Rosalba se enfrenta a esa misma soledad infinita de tantos ciudadanos colombianos. En La Julia, don Guillermo ni siquiera recurre a las autoridades, ya que es precisamente de allí de donde proviene el hostigamiento. En La Julia la guerrilla ES la autoridad. En La Sierra aún hay policía, así que ante la desaparición de su hermano, Rosalba acude a las autoridades y se encuentra en las mismas de don Guillermo, completamente sola: “A los tres días bajé al pueblo a buscarlo. Fui a la policía a poner la denuncia y me insultaron: ‘es que ustedes son una parranda de guerrilleros’. Les dije: ‘¿cómo, señor? Vengo con todo el respeto a

¹⁷⁶ Grupo de Memoria Histórica, *La Masacre de El Salado: Esa Guerra no era Nuestra*, Bogotá: Grupo de Memoria Histórica, 2009. Disponible en: http://www.cnrr.org.co/new09/semanaM/informe_la_masacre_de_el_salado.pdf

pedirle ayuda, no a que me insulten. ¿A usted le consta, acaso me ha visto con un arma? Soy madre de familia de cinco hijos, casada, y si mi hermano tuviera alguna relación con un grupo, créame que jamás vendría aquí a buscar ayuda. Pero como yo sé que mi hermano no debe nada, pues vengo a las autoridades. La gente dice que hay que dar parte a las autoridades. Y eso es lo que estoy haciendo'. Como no recibí ninguna ayuda, decidí ir yo misma a buscarlo".

La familia de Jennifer Pacheco, en Marialabaja (Bolívar), se enfrenta sola, inmensamente sola, a la Colombia impune donde el noventa por ciento de los delitos se quedan a la deriva. Donde sabes que si secuestran a tu niño de siete años, eres tú y tu familia en el acto abrumador de enfrentar un secuestro solos. El niño es liberado y veintidós años después aún recuerda el momento cuando se encuentra con su familia: "Le pregunté por mi tío José, le dije que había escuchado su voz... Ella se puso a llorar y no me respondió. Luego llegó mi papá y nos fuimos a casa, la alegría fue inmensa, mi hermana me abrazó y me dijo que nunca me iba a dejar solo. Poco a poco me fueron explicando lo que había pasado. Mi mamá me contó que a mi tío se lo habían llevado para que a mí me dejaran en libertad. Fue muy difícil asimilarlo. Pasaron varios días antes de que la Policía encontrara el cadáver de mi tío. Hoy, que tengo veintinueve años, aún no logro entender cómo los seres humanos pueden partir la vida de una familia en dos: en un antes y un después. Esa fue una tragedia familiar".

Imagino las conversaciones familiares, la búsqueda desesperada de estrategias para recuperar a su niño, sabiéndose inmensamente solos. Es únicamente desde la comprensión de la profunda soledad del ciudadano colombiano, desde donde podemos entender que la única salida es que el tío se intercambie por el sobrino. El acto extremo de ciudadanía: la muerte en tus propios términos. El tío da su vida para que la familia sufra la tragedia en sus propios términos, no en los términos impuestos por los armados.

La muerte en sus propios términos. Islena Rey nos cuenta en detalle el proceso de apropiación de su propia muerte. Islena va empoderándose y moviéndose desde el miedo paralizante hasta el momento en que se apropia de su propio acto de morir: "Cuando regresé a Villavicencio las llamadas continuaron. Cada vez que me decían 'Islena, al teléfono', temblaba. Un día contesté el teléfono y un tipo me dijo que me daba diez años a partir de 1996 para que me fuera, o que me mataría. Iba a seguir con las groserías, pero lo interrumpí. Le contesté peor. Con toda la ira que tenía acumulada le dije todos los insultos que me sabía. Grité, lo llamé cobarde, le dije: 'venga entonces y nos vemos. Máteme, pero venga a ver si de frente es tan valiente'. Entre más le hablaba, más me envalentonaba. El tipo se quedó callado y colgó. A partir de ahí las llamadas cesaron. Mi actitud frente a la muerte cambió desde ese momento. Empecé a verla como una realidad cercana, como algo que seguramente me sucedería pronto [...] Venía segura de que se debe amar la vida, pero también la muerte. Nunca lo había pensado. Me preparaba para morir y le pedía a Dios que me

ayudara a ser madura en el momento que me tocara. No quería declinar, tampoco sentir cobardía. Lo que hago es una cuestión de principios, de dignidad, de amor por mis semejantes: quiero un país digno para mis hijos y para todas y todos. [...] También recuerdo a un famoso escritor que dijo: ‘prefiero morir por algo y no seguir viviendo por nada’. Y me tranquilizo, porque estoy segura de lo que hago y por qué debemos continuar defendiendo la vida y la dignidad. [...] Yo estaba amando la muerte -no tenía otra opción- y estaba muy tranquila. Cuando me acostaba dormía profundamente, sin sobresaltos. Siempre me despertaba puntualmente y me alegraba de estar viva”.

Desde el momento en que Islena logra apropiarse de su propia muerte, duerme bien todas las noches. El acto ciudadano puede ser sutil, el acto político de poder dormir.

Una ciudadanía contra viento y marea

Desde El Carmen de Chucurí, Javier Moncayo nos cuenta las hazañas de don Guillermo, que con su camioneta cargada de cacao “se vuela por cualquier lado y a cualquier hora” para venderlo en San Vicente, venciendo el cerco guerrillero que prohíbe cualquier traslado hacia o desde el pueblo. Todo con el fin de que el cacao no se pudra en las bodegas antes de poder venderlo. Si no, ¿para qué tanto trabajo? Como dice la abuela en *Persépolis*: “Siempre tienes una opción. En la vida, todos tenemos opciones”.

En Colombia, son muchas las acciones de resistencia de la gente ante los grupos armados. Acciones todas donde vemos la ciudadanía de Mouffe en pleno. Como el caso de Santa Rosa del Sur, donde la emisora comunitaria, Santa Rosa Estéreo, organiza una caravana de más de cuatrocientas personas, mujeres, hombres, niños de la comunidad, que se niegan a sentarse a esperar a ver qué pasa cuando un grupo guerrillero secuestra a José Botello, el querido profesor de la escuela y director de la emisora. La caravana se prepara, llevan bultos de arroz, ollas, cobijas, no saben cuánto va a durar la travesía. Viajan más de quince horas por caminos de montaña, por el Alto de Micoahumado, hasta llegar al campamento guerrillero. Allí, arman su propio campamento, con sus propios cambuches y hogueras para cocinar. Me pregunto cuántas veces se ha visto en el mundo que una comunidad civil y desarmada invada un campamento guerrillero hostil. Generalmente es al contrario, los armados invaden el pueblo. Pero en Santa Rosa del Sur, el pueblo invadió a la guerrilla. Se imponen. No se irán hasta que Botello no sea liberado. Al cabo de tres días, lo liberan.

En Trujillo, los sobrevivientes de las masacres se resisten a las definiciones oficiales. ¿Quién define lo que es ser víctima de una masacre? ¿Por qué se incluye como víctima solamente a quienes mueren en el acto de la masacre? Los habitantes de Trujillo se preguntan qué pasa con todas las personas que murieron seis meses después, o un año después, aquellas que nunca lograron sobreponerse a la muerte de su hijo, de su

esposa, de su hermano. El monumento a las víctimas de la masacre de Trujillo incluye todas aquellas personas que murieron “de pena moral”.

Con base en su trabajo de acompañamiento e investigación con pueblos indígenas del Cauca, Mario Murillo cuenta cómo la guardia indígena de una comunidad en Canoas, en el norte del departamento, encuentra a un guerrillero merodeando en el cabildo. El Ejército le pide a la comunidad que entregue el fusil del guerrillero. La guerrilla le pide a la comunidad que devuelva el fusil. En Consejo Comunitario, la comunidad indígena decide que el fusil no se le entregará ni al Ejército ni a la guerrilla. El Consejo decide que el fusil se encontró en territorio indígena, y por tanto toman la decisión de destruirlo. En un acto colectivo de soberanía, arman una gran hoguera y derriten el fusil. Los comunicadores indígenas transmiten el acto a toda la comunidad, y producen un video-clip para documentar la destrucción del arma¹⁷⁷.

La antropóloga María Victoria Uribe cuenta de una comunidad donde frecuentemente aparecen muertos abandonados de gente que no es de allí. Nadie sabe quién es el muerto. La policía hace el levantamiento del cadáver, y luego entierran al muerto anónimo en una tumba que ni siquiera nombre tiene. Poco a poco, la comunidad ha ido “adoptando” a estos muertos anónimos. Les da un nombre y les asigna una historia. Una familia del pueblo se encarga de llevarles flores de vez en cuando, arreglarles la tumba, consentirlos.

Un hombre joven llamado Luckas nos cuenta cómo es la vida en las comunas de Medellín. Ser hombre y ser joven en este entorno significa quedar automáticamente estigmatizado como delincuente, armado, guerrero. La masculinidad envalentonada. Luckas se enamora del trabajo del cineasta italiano Pier Paolo Pasolini. Luckas es visionario de una masculinidad otra, una conversación constante del joven con su entorno a través de encuadres, movimientos de cámara, el joven seducido por la estética de su barrio, las calles en laberinto, las casas sin una sola línea recta, los miradores, las cometas de colores contra un atardecer antioqueño. *Pasolini en Medellín* es el nombre de esta nueva masculinidad que, de la mano del cine, se resiste a las armas y la guerra¹⁷⁸.

Los armados imponen, obligan, encierran, silencian, y amenazan con castigar la más mínima desobediencia a sus regímenes de terror. Los armados desgranar familias y generan diásporas, exilios, desplazamientos. Los armados atribuyen identidades, generan estigmas, borran los nombres de la gente. Por su lado, los ciudadanos

¹⁷⁷ Mario Murillo, *Voices of Resistance. Community Radio and Indigenous People in Colombia*, New York: South End Press (en imprenta).

¹⁷⁸ Luckas Perro, *El Proyecto Pasolini en Medellín*. Ponencia presentada en la Conferencia VIII de OURMedia/NuestrosMedios, Rionegro, Antioquia, Julio 27 a 31 de 2009. Ver: www.ourmedianetwork.org.

colombianos, mujeres, jóvenes, niños, niñas, y hombres cotidianos, desarmados, pero rebosantes de dignidad, se les vuelan, se intercambian, aprenden a contar sus historias, nunca dejarán de recordar. Los ciudadanos y las ciudadanas recuperan los nombres propios de la gente, re-definen los términos en que se cuenta la guerra, se revelan en contra de los estigmas generados por los armados. Miles de actos de resistencia, de ciudadanía, actos políticos de intervención en un entorno de guerra.

La pregunta como acto de memoria

Patricia Nieto

Profesora e investigadora de la Universidad de Antioquia, Editora general del Sistema Informativo De la Urbe de la Facultad de Comunicaciones.

12.patricia@gmail.com

*“Nosotros nos morimos tres veces. La primera en nuestra carne,
la segunda en el corazón de aquellos que nos sobreviven,
y la tercera en su memoria, que es la última tumba y la más glacial”.*

Pueblo Wayú¹⁷⁹

Acercó este libro a mi oído y escucho un coro. Logro percibir el canto de ancianos, mujeres, mozos y niños. Cuentan historias asombrosas de una guerra en un país que no nombran. Sus voces dibujan aguas transparentes, montañas vírgenes, rubias fugaces, ancianos protectores, plegarias; caminos ponzoñosos, bosques millonarios, árboles negros, ídolos armados, balas en su viaje, guerreros afiebrados, sollozos; muchachos decapitados, doncellas envejecidas, familias desterradas, maridos fusilados, niños de ojos tristes, lamentos.

Esta música estremece mis recuerdos. Siento los labios empolvados, un sabor a moneda entre los dientes y el corazón de una ciruela en mi garganta. ¿Por qué recordamos lo que no hemos vivido? ¿Por qué aquello que otros narran se asienta en nuestros recuerdos como si fuera nuestro? ¿Por qué las palabras de Rosalba, Patricia, Ubaldo, Islenya, Carlos, Sabulón, se nos hacen tan familiares si no los conocemos, ni hemos pisado sus campos ni secado sus lágrimas?

Las palabras de las víctimas transfieren sus heridas, labran la piel, se tatúan en el lienzo de los recuerdos de quienes las escuchan; y toman vida cada vez que un matiz, un aroma, una melodía o un grito, la pestilencia, una mancha, las sacan del reposo. Así funciona la memoria individual: el estímulo lleva la energía necesaria para que el recuerdo se haga, de nuevo, presente.

Como el recuerdo-acontecimiento –así lo llama Ricoeur– ha tenido lugar, ha ocurrido, viene a la memoria a partir de volver sobre lo vivido, visto, escuchado, sentido, aprendido. Al ser presente, el recuerdo se convierte en lenguaje, en palabra, en historia, en narrativa; es decir, en un discurso en forma de relato que se inscribe en la memoria.

¹⁷⁹ Cabildo Wayú Nóuna de Campamento, “Por el alma de nuestra gente”, 11 de abril de 2007, epígrafe. Disponible en: <http://cabildowayunouna.blogspot.com/2007/04/jain-tu-wapushikat-por-el-alma-de.html> [consultado el 8 de mayo del 2010].

I

Rosalba busca a su hermano en las morgues, en los montículos de cadáveres, en los cementerios pueblerinos. “Donde me decían que había muertos sin familia, para allá me iba. Visité casi todos los cementerios de las poblaciones cercanas. También buscaba entre los cadáveres que aparecían en la carretera”, dice.

De mis recuerdos viene Carmenza que, en otro lugar del país, escribió con su puño y letra: “Ese día martes... a las once y media más o menos, sentí desde lo más profundo de mis entrañas que todo se me desgarraba. Un vacío. Una voz con profundo lamento llegó y retumbó en mis oídos: ¡Mami, búsqieme!” (Orozco, 2007: 33).

También la voz de Fabiola, que ha llenado auditorios en todo el país, reaparece. La escucho, la veo, la siento: “Una vez llegó al lugar, se encontró con un campesino al que le mostró la foto explicándole que buscaba a su hermano. Por un instante el hombre miró la foto y le dijo que subiera a una casa más arriba que allí le darían información. Cuando llegó lo identificaron inmediatamente con su hermano por el parecido físico. Ni siquiera necesitaba mostrar la foto. Los habitantes de la casa le relataron los hechos allí sucedidos” (Lalinde, 2007: 229).

Las mujeres colombianas buscan a sus hijos desaparecidos, los reclaman a viva voz en plazas y ante los victimarios que rinden versiones libres. Al escucharlas se puede pensar que la pregunta se ha convertido en su género narrativo. Dolores Pérez le preguntó a Ramón Isaza, líder paramilitar del Magdalena Medio, por el paradero de su hijo José Rodolfo Rico: “¿Qué pasó con él?, ¿por qué lo mataron?, ¿por qué se lo llevaron?”.

“‘Indio’, ‘Fabio’ y ‘Rambo’ se lo llevaron en una camioneta verde mientras arreglaba una motocicleta, posteriormente le dispararon y tiraron su cuerpo al río Magdalena”.¹⁸⁰ Esa fue la respuesta directa y seca. Dolores tomó su cabeza entre las manos: “Espíritu Santo dame fuerzas para soportar este dolor tan grande”, dijo.

Los recuerdos vienen unos detrás de otros; las narrativas se superponen unas a las otras: memorias compartidas, superpuestas, producto de interacciones múltiples (Jelin, 2002: 22). Se entrecruzan en el periódico, en la radio, en el libro, en el concierto, en la televisión, en el cine, en el culto, en *facebook*, en el voz a voz, en *youtube*, en la tertulia, en el teatro, en el juzgado, en la terapia. “Lo colectivo de las memorias es el entretreído de tradiciones y memorias individuales, en diálogo con otros, en estado de flujo constante, con alguna organización social –algunas voces son más potentes que otras porque cuentan con mayor acceso a recursos y escenarios– y con alguna estructura, dada por códigos culturales compartidos” (2002: 22).

¹⁸⁰ Un resumen periodístico de la versión de libre de Ramón Isaza puede leerse en <http://www.verdadabierta.com/justicia-y-paz/versiones-seccion/541-las-confesiones-de-Ramón-Isaza> [consultado el 8 de mayo del 2010].

Narrar es un asunto colectivo, un mecanismo para reafirmarse, una estrategia para identificar cambios sociales, un método para comprender las causas de las transformaciones, un recurso para delinear los conflictos sociales, un dispositivo para avanzar en la configuración del relato histórico a través de la cultura. “Uno sólo recuerda como miembro de un grupo social. La singularidad y la irreducible originalidad de los recuerdos personales son, de hecho, producidas por el entrecruzamiento de varias series de memorias que corresponden a los diferentes grupos a los cuales pertenecemos –familia, amigos, partido político, clase social, nación–” (Watchel, 1999: 77).

II

Patricia, leo en este libro, era una niña cuando a un hombre que se escondía en la panadería de su padre “lo sacaron amarrado, le dieron pata, puño... le decían ‘usted ya está muerto’... lo hicieron cavar el hueco, lo arrodillaron, le metieron un tiro y lo taparon”. Releo y veo a Mariela cuando, preocupada por el orden de su cuaderno, borraba sus líneas ensortijadas: “Cuando yo oí los tiros se me doblaron las rodillas y caí como clavada en el piso. Cuando yo arrimé, él todavía respiraba” (Ocampo, 2006: 49).

Y detrás de Mariela, Amanda viene a mi recuerdo, la veo llorando y escribiendo: “Alex se puso una pantaloneta, una camisilla, tenis y una gorra... Y salieron del cuarto... Llegó a mi casa la angustia, la desesperación, la impotencia... Mi dolor se incrementó más y más al escuchar dos disparos como a dos cuerdas de la casa. Mi reacción fue inmediata. Recuerdo que pegué un grito desgarrador cargado de dolor de mi corazón. Me decía que habían matado a mi Alex” (Uribe, 2006: 35).

Los cuerpos tendidos en el camino polvoriento, en la autopista, en la plaza, son la constatación del asesinato. No hay respuesta que esperar, no se debe preguntar. Las incógnitas quedan atrapadas entre las oraciones por los difuntos. Es mejor no averiguar, dirán los padres a las madres. Y ellas se morderán la lengua para no poner en peligro a los niños de la casa.

La memoria también se construye con narraciones sobre el cómo y con silencios sobre el porqué. Los victimarios no necesitan explicar sus actos. El cadáver es un mensaje sin riesgo de ambigüedades, entiéndase como se entienda no será malentendido. Aún, a la vista de quienes no lo conocieron en vida, el cadáver del asesinado es el mensaje perfecto.

A Puerto Berrío, en Antioquia –como a muchos otros puertos de los ríos Magdalena, Cauca, Atrato, San Juan, San Jorge y Sinú, por no mencionar más–, llegan cadáveres sin nombre y, por lo tanto, despojados de su historia. El 16 de marzo del 2009 el agua acercó a la orilla el cuerpo decapitado de una mujer. Los pescadores rompieron el pacto de no rescatar más cadáveres para no entrar en la categoría de “auxiliares”

de uno de los actores armados y correr el riesgo de terminar como ellos: náufragos-anónimos-desmembrados. Tal vez por ser de mujer, dicen ellos, detuvieron el cuerpo, lo amarraron a una estaca y avisaron a la autoridad.

Así lo hicieron tantas veces en los años anteriores que un pabellón del cementerio está ocupado por N.N., cuerpos sin nombre conocido. Pero no es este, como podría imaginarse, un pabellón de abandonados. Las lápidas tienen color, flores, mensajes de gratitud y en algunas, al lado del número de identificación judicial, aparece escrito un nombre a partir del cual empieza a construirse una nueva historia. García Márquez lo anticipó en 1968: “A última hora les dolió devolverlo huérfano a las aguas, y le eligieron un padre y una madre entre los mejores, y otros se le hicieron hermanos, tíos y primos, así que a través de él todos los habitantes del pueblo terminaron por ser parientes entre sí” (García Márquez, 1976: 219)

Es decir que aún sobre el no nombre se puede escribir una memoria. Mientras que en sus familias de origen estas personas son extrañadas, soñadas, buscadas, lloradas; en las de acogida son visitadas, consoladas, mimadas, queridas y requeridas. A ellas, a sus almas en pena, a sus espíritus intranquilos, se les ora a cambio de favores. En recompensa a la dignificación¹⁸¹ que les da el nuevo nombre, el ritual funerario, la sepultura y la oración, los elegidos deben responder con pequeños milagros cotidianos: aliviar el dolor, traer la suerte en la lotería, devolver al ser amado, mitigar la ansiedad al ofrecer compañía.

Carmen Piedrahíta, una de las *Antígonas* de Puerto Berrío, asume el compromiso con su elegido de otra manera: “Yo, cuando visito la tumba, pienso en mis dos hermanos desaparecidos; en que tal vez son unos N.N. en otro pueblo, en otro cementerio de este país, y rezo para que alguien los elija, rece por ellos y les lleve flores”. Estas palabras contienen implícito un gesto de solidaridad en el dolor, como ningún otro: acuno el cadáver de tu hijo para que tú, si se te presenta la ocasión, arrulles el del mío. Cadáver mutilado, incompleto, putrefacto. ¿De mujer?, ¿de hombre?, ¿de inocente?, ¿de criminal?, ¿de joven blanca?, ¿de adolescente negro?

Esas preguntas no tienen lugar allí donde se instaura una narrativa simbólica que se convierte en memoria social, explicada por T. Ibáñez así: “Aquello que es instituido en el mundo de los significados comunes propios de una colectividad de seres humanos. Es decir, en el marco y por medio de la ‘intersubjetividad’. Esto implica que lo social no radica ‘en’ las personas sino ‘entre’ las personas, es decir, en el espacio de significados del que participan o que construyen conjuntamente” (citado por Vásquez, 2001: 28).

¹⁸¹ Una ampliación de este concepto de dignificación de los N.N. puede verse en: Girado, María Cristina, 2008, “Las voces del silencio”, *Colofón 28*, Revista de la Federación Internacional de Bibliotecas del campo Freudiano - FIBCF, Buenos Aires.

¿Qué significa para una comunidad hacerse cargo de los muertos ajenos? Todos los lunes a las cinco de la tarde se celebra en el cementerio de Puerto Berrío la misa por los difuntos. Allí se congregan decenas de personas y entre ellas –sin carteles ni camisetas, sin himnos sin cánticos–, perdidos entre la multitud, están los padrinos de los N.N. Se han visto en el pabellón, se han acompañado en los rezos, se han ayudado en la ornamentación de las lápidas, pero no son un clan, ni un grupo, ni una élite. Simplemente se comunican a través de los símbolos y éstos los dotarán de una nueva identidad con el paso del tiempo.

En los periodos calmos, cuando las memorias y las identidades están constituidas, instituidas y amarradas, los cuestionamientos que se puedan producir no provocan urgencias de reordenar o de reestructurar. La memoria y la identidad pueden trabajar por sí solas y sobre sí mismas, en una labor de mantenimiento de la coherencia y la unidad. Los periodos de crisis internas de un grupo o de amenazas externas generalmente implican reinterpretar la memoria y cuestionar la propia identidad (Jelin, 2002: 26).

El pabellón de los N.N. de Puerto Berrío no es el único altar de la memoria en el país. En ciudades y veredas se levanta una voz, se escribe un poema, se construye un monumento, se teje una manta, se marcha por los caminos que fueron del horror, se danza, se relatan crónicas en voz alta, se llora, se abraza... Símbolos que condensan el sentido de lo que las víctimas dicen.

El grupo de Memoria Histórica, de la Comisión Nacional de Reconciliación y Reparación de Colombia, CNRR, estudió “algunos procesos recientes de construcción y formalización de las memorias acerca del conflicto armado que se gestan desde la sociedad colombiana, las comunidades involucradas y los recursos expresivos para recordar y hacer visible el dolor” (CNRR, 2009: 17). Uno de los resultados de tal inventario es un mapa¹⁸² digital que se convierte en un maravilloso viaje por relatos que construyen la(s) memoria(s) de este país. Allí me enteré de que los campesinos de Arauca han marchado para decir que se resisten a la violencia; que los niños de Bojayá han danzado para narrar su tragedia y que allí mismo “Noencí y el Bongo de Bojayá” cantan para expresar el dolor de la gente negra; que los Wayuú registran cada violación a sus derechos por parte de los actores armados en un blog; que los jóvenes desplazados de Montes de María relatan su éxodo por medio del teatro; que Florencia recordará los carros-bomba que la estremecieron con mariposas gigantes instaladas en los lugares de las explosiones; que las mujeres del Putumayo han bordado una manta

¹⁸² CNRR, *Memorias expresivas recientes. Resistencias al olvido*, Multimedia. Disponible en: http://www.memoriahistorica-cnrr.org.co/administrador/Multimedia%20Iniciativas/Memoria_H/index.html [consultado el 8 de mayo del 2010].

de más de cien metros con los relatos de sus dolores y de sus pérdidas... Y así, de pueblo en pueblo, viajé por el país guiando el cursor y descubriendo cantos múltiples que narran la tragedia colombiana y la grandeza de los colombianos inocentes.

III

“Entonces son cosas que es bueno comentar porque uno como que descarga el corazón”, leo en un aparte de la historia de Rosalba publicada en este libro, unas páginas atrás.

A Amanda Uribe, quien contó por escrito en otro proyecto los tres sucesos amargos que han marcado su vida, la vi escribir así sobre ese ejercicio de recuerdo y memoria: “Para mí llenar estas líneas con mi historia no es fácil pues es volver al pasado, a revivir todo aquello que queremos olvidar. Pero olvidar no es fácil cuando fuimos tan brutalmente golpeados” (2006: 36).

A Carmenza Orozco, quien describió cómo recibió la ropa, la billetera y los huesos secos de su hijo empacados en una bolsa de plástico cuatro años después de su desaparición, la escuché hablar así de su experiencia de escritura: “Continuo con mi narración. Si está bien escrita y ordenada, eso fue lo que me propuse. Si es mediocre y sin valor, es todo lo que pude hacer. Deseo que esta obra literaria, con variedad de estilos, agrade a los lectores, pero más que nada pretendo que llegue a muchos corazones, en especial a los de aquellos violentos que terminan con la vida de quienes amamos, como también con la de quienes quedamos” (2007: 24).

El libro, dice Elizabeth Jelin, es uno de los *vehículos de la memoria*. Es decir, un producto que permite a la experiencia vivida subjetivamente ser culturalmente compartida y compartible (2002: 37). Así como los monumentos, las películas, las obras escénicas, los museos y muchas otras actuaciones y expresiones que traen el pasado al presente para vislumbrar el futuro, los libros son una materialización del anhelo de construir la memoria: el presente del pasado (Ricoeur, 1999: 16).

Rolan Arnup, historiador sueco, relee así las reflexiones de De Certeau sobre la escritura:

La escritura desempeña el papel de un rito de entierro, ella exorciza a la muerte al introducirla en el discurso, tiene una función simbolizadora; permite a una sociedad situarse en un lugar al darse en el lenguaje un pasado, abriendo así al presente un espacio: “[...] ‘marcar’ un pasado es darle un lugar al muerto, pero también redistribuir el espacio de los posibles, determinar negativamente lo que queda por hacer, y por consiguiente utilizar la narratividad que entierra a los muertos como medio de fijar un lugar a los vivos” (De Certeau citado por Arnup, 2009: 39).

Releo el párrafo anterior y recuerdo otro escrito en las primeras páginas del libro que tiene en sus manos, titulado *Tácticas y estrategias para contar. Historias de la gente*

sobre conflicto y reconciliación en Colombia. El autor de la introducción dice: “La narración es una forma de futuro, ya que recordamos para imaginarnos, construimos el pasado para reconstruir una identidad, contamos para sentirnos sujetos de la historia y creamos nuestras historias para recuperar la dignidad que la guerra intenta destruir”.

Primo Levi, uno de los grandes narradores de la vida en los campos de concentración, advierte, así lo leo, sobre lo que puede pasar si no fijamos los recuerdos como relatos, como memorias: “Aquí abro un paréntesis: después de casi cuarenta años, guardo el recuerdo de todo esto a través de lo que he escrito; mis textos hacen las veces de memoria artificial, y el resto, lo que quedó sin escribir se resume en algunos detalles” (2006: 15).

Para que de la historia de los colombianos se conserven más que jirones –retazos de recuerdos salvados del poder destructor de los asesinos–, conviene ejercer la memoria ahora mismo, sobre el humo de las batallas, sin esperar a que llegue la paz. Se trata de “restituir aquello que un día fue y que ha tenido lugar; de esta manera el paso y la huella del tiempo se inscriben en lo individual y en lo colectivo” (Nieto, 2009: 163).

A escribir las otras historias, las otras memorias, las interpretaciones alternativas –como resistencia al libreto de los vencedores– contribuyen las voces de Rosalba, Patricia, Ubaldo, Islenya, Carlos, Sabulón, Amanda, Carmenza, Mariela, Fabiola... que hoy componen e interpretan el coro de la tragedia colombiana. Pero todavía faltan personas dispuestas a escuchar a quienes han desafiado el miedo a la muerte con sus voces. Faltan oídos para que los recuerdos, las narrativas y las memorias no sean también, como tantos hombres, aniquiladas.

Referencias bibliográficas

Anrup, Roland, 2008, *Una tragedia a la colombiana*, Bogotá, Debate.

Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, 2009, *Memorias en tiempo de guerra. Repertorio de iniciativas*, Bogotá, CNRR.

De Certau Michael, 1975, *L'Écriture de l'histoire*, París, Gallimard. Citado por: Anrup Roland, 2009, *Una tragedia a la colombiana*, Bogotá, Debate.

Jelin, Elizabeth, 2002, *Los trabajos de memoria*, Madrid, Siglo XXI.

García Márquez, Gabriel, 1976, “El ahogado más bello del mundo”, en: *Todos los cuentos (1947-1972)*, Barcelona, Círculo de Lectores.

Lalinde, Fabiola, 2007, “Último vuelo del cirirí”, en: Nieto, Patricia (comp.), *El cielo no me abandona*, Medellín, Alcaldía de Medellín, Concepto Visual.

Levi, Primo, 2006, *Deber de memoria*, Buenos Aires, Libros del Zorzal.

Nieto, Judith, 2009, “Memoria, mujer y escritura en *El último encuentro*”, en: Vélez,

Germán Darío (comp.), *Al encuentro de Sándor Márai*, Medellín, Fondo Editorial Universidad Eafit.

Ocampo, Mariela, 2006, "Un papá fusilado", en: Nieto, Patricia y Betancur, Jorge (comps.), *Jamás olvidaré tu nombre*, Medellín, Alcaldía de Medellín, Concepto Visual.

Orozco, Carmen, 2007, "Hay un ángel", en: Nieto, Patricia (comp.), *El cielo no me abandona*, Medellín, Alcaldía de Medellín, Concepto Visual.

Ricoeur, Paul, 1999, *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*, Madrid, Arrecife, Universidad Autónoma de Madrid.

Uribe, Amanda, 2006, "Tres sucesos amargos", en: Nieto, Patricia y Betancur, Jorge (comps.), *Jamás olvidaré tu nombre*, Medellín, Alcaldía de Medellín, Concepto Visual.

Vásquez, Félix, 2001, *La memoria como acción social. Relaciones, significado e imaginarios*, Barcelona, Paidós.

Watchel, Nathan, 1999, "Memoria e historia", *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 35.

La Colombia contada

La **ideología** del **cheverismo**

Omar Rincón

Profesor Asociado Facultad de Artes y Humanidades Universidad de los Andes, Director Centro de Competencia en Comunicación - Fundación Friedrich Ebert, Bloguero de lasillavacia.com, Analista de El Tiempo

omar.rincon@fescol.org.co, orincon@uniandes.edu.co

Este texto es sobre cómo uno va leyendo los testimonios de la gente y uno va construyendo un relato de la nación colombiana y así van apareciendo muchos países otros, unos distintos a los contados por los medios de comunicación. Países inverosímiles frente a los relatos oficiales de textos escolares, y a los que dicen los gobiernos y sus políticas públicas, y lejanos del discurso onegero... y turístico. En fin una nación que vive del cuento o que cuenta para sobrevivir.

Este texto es un viajar libre por estos testimonios de la gente llamando la atención en pequeños detalles que nos dicen mucho sobre cómo venimos siendo en esta nación llamada Colombia. Nación de discurso siglo XXI pero que vive en prácticas del XIX... nación con discurso de la modernidad y prácticas de la premodernidad... nación de la ideología del *cheverismo*, porque anta tantas dificultades y violencias, solo nos queda la fiesta, el amor, la solidaridad entre pobres y sobre todo el tratar de pasarla chévere. Este es un relato en busca de la Colombia de abajo, la de la gente, la de los sobrevivientes.

(i) Se aprende a ser colombiano en la guerra

Y EN LA GUERRA SE NACE. “Que los *faruchos* están reclutando niños para sus filas”... “Que de una vereda se llevaron dos *pelados*”. Los colombianos creemos que somos habitantes de un destino trágico ya establecido por los guerreros y un dios muy castigador. Poco pensamos que somos un asunto de democracia y una construcción que se hace desde la ciudadanía. Por eso “cuando creemos que hemos tocado la puerta del cielo con la mano de la suerte, se nos abre la puerta del infierno. Todo se nos cae y no nos queda más que aceptar la triste realidad” cuenta la historia de Arsenio quien creía que todo era cuestión de suerte y destino. Y ese destino a veces marca otro camino “en la mente de Elkin crecía la idea de integrar las filas del llamado Ejército de Liberación Nacional porque le habían prometido que allá tendría una vida mejor”. Luego no solo es suerte porque el destino también lo hacen las promesas de los guerreros. Y hay veces no todo es guerra porque se encuentra “amigos que me apoyaban y hasta me animaban a salir de rumba. Fue en una de

las fiestas en donde empecé a sentirme como en mi ambiente. Fue ahí también en donde conseguí trabajo”. Y el Colombia es un destino diverso pero casi siempre marcado por la guerra.

Y EN LA GUERRA TODO ES CUESTIÓN DE HISTORIAS. Y las historias de guerra se diseñan para hacer daño, pues una vez se sueltan van buscando sus víctimas y metiendo miedos y matando. Y ahí es cuando hacen mucho daño porque eliminan la convivencia, atentan contra la confianza, impiden el pensar bien del otro, construyen la venganza y eliminan al “enemigo”. O si no recuerde como hay un rumor que dice “que dijo la guerrilla que había paro armado”, noticia no confirmada pero noticia en fin, y los buses no pasan, y los niños no van a la escuela, y las tiendas no abren, y la vida se pausa. Historias que meten miedo (iy des eso estamos hechos en Colombia!). O sino recuerde “el abrazo de la muerte”, que consistía en saludar y abrazar y hablarle a la gente. La guerrilla los miraba tan amigos. Y concluía que era informante. Y *pum pum pum* se murió. Son historias que matan (iy de eso estamos hechos en Colombia!)

Y LA NACIÓN DE LA AMENAZA. Y esta nación de miedos y intimidaciones y muertes ha hecho de la amenaza un modo de vida. “Era la primera vez que recibía una amenaza directa. Sentí un *corrientazo* caliente en todo el cuerpo. Luego *helaje*. Era como si los huesos se me desprendieran. El corazón parece pequeñito, como que no bombea bien... se siente ahogo, fatiga. Se siente pavor” este es el testimonio de Islena. Y pensar que esa es una experiencia común en Colombia: amenazar. Se amenaza porque si, porque también. Se amenaza para no cumplir la ley, se amenaza para sobrevivir, se amenaza para meter miedo. Amenaza el Estado, los criminales, los corruptos, y hasta los buenos. Y aprendemos a vivir amenazados.

(ii) La identidad colombiana se construye sobre la marcha

Y ES QUE UNO VA HACIENDO LA VIDA COMO VENGA. En una sociedad sin proyecto, ni futuro, la única acción de memoria y futuro es la venganza. Y es que somos desmemoriados pero no olvidadizos. Y cada uno nace con su venganza a cuestas. Su karma es haber nacido en medio de una guerra donde hay muertos y sobrevivientes; y cuerpos y nombres que hay que dignificar; y orgullos que hay que reivindicar; cuentas que hay que cobrar. Así el colombiano tiene que vengar algo más que construir su proyecto, así se hace uno colombiano como venga la situación, a las que le toque. “Me he vuelto como más verraca: si me sale un problema, pues lo enfrento” cuenta Viviana. Y es que no hay de otra. No hay de otra en un país donde el asunto diario es sobrevivir.

UNA HISTORIA REPETIDA. Y cualquier historia sirve para ilustrar los miedos. Y es que la violencia habita la estética de la repetición. El relato Colombia está hecho de amenazas, exclusiones, venganzas. El miedo es el género de su relato. La venganza

su fuerza dramática. Y es realidad. Y parece de ficción. Cuenta Olga: “Estábamos tan bien que pudimos mandar a los dos hijos mayores a estudiar administración en Bogotá. En esas, ocurrió lo inesperado: mataron a mi marido en la finca. Allí comenzó mi calvario: sostener el negocio y la finca, mantener a mis hijos y darles la universidad. Yo sola no podía, así que decidí poner los negocios en las manos de mi hijo mayor, que estuvo al frente de ellos durante 7 años, hasta cuando llegaron los paramilitares y nos sacaron del pueblo argumentando que éramos auxiliares de la guerrilla. Cuando los paramilitares nos sacaron, quedaron enterrados allí 32 años de trabajo en la finca y el negocio. Ahí sí que no entendí nada. ¿Cómo íbamos a andar auxiliando a los asesinos de mi esposo?. Y ahora nadie nos responde por nada. Hasta los de Acción Social de la Presidencia, me niegan mis derechos”. No hay verdad. No hay justicia. No hay reparación. No hay estado. No hay nada. ¡Sálvese quien pueda!

LA HISTORIA SIN FÍN. Y la historia se repite sin imaginación, que la guerrilla vino y.... que los paras vinieron y.... que los narcos aparecieron y.... que los corruptos ofrecieron y... que el gobierno llega a impartir justicia y... que y el resultado es el mismo: humillación, muertes, desplazamientos. “Bueno, hermano, esa vaina empezó en una época en que la guerrilla andaba matando gente verracamente. Allá había un viejo que se cansó de la vaina. Decidió declararse enemigo de la guerrilla. Era de los buenos para la pelea. Fue entonces cuando llegó este militar y les dijo: “Ustedes tienen derecho a que los protejamos, así que digan qué necesitan”. Ya se siente uno más seguro y ya la gente viaja sin problemas. Claro que la joda se está poniendo fea otra vez por lo lados de...”. Así se justifica la violencia, todo nace para defenderse, todo comienza como una venganza, todo termina en masacres, todo mal. Y en cada acto nace la semilla de las violencias futuras. La historia sin imaginación que se repite y justifica así misma.

(iii) Colombia es un país a pesar de sus gobiernos

Y EL ESTADO APARECE pero no para ayudar sino para joder, llega vestido de militar a acusar a los habitantes del territorio; llega en forma de justicia para juzgar a todos de delincuentes y terroristas; llega en forma de acción social que se cambia por votos en las elecciones. El Estado siempre significa para la gente problemas. “Nosotros teníamos una finca arrendada y eso cuando llegaba la avioneta a fumigar eso era terrible. El niño oía el helicóptero y no hallaba qué hacer. Le daba mucho miedo” afirma don Sabulón. Y es que el Estado quiere de una manera extraña a los pobres, pareciera que acabar con la pobreza significara acabar con los pobres. Quiere raro el Estado porque para decir te amo, golpea.

Y ASÍ COMO NO HAY ESTADO, tampoco hay medios lícitos para ascender socialmente y ser alguien en la vida, entonces toca lo que venga, y lo que llega y produce mucho es la coca. “La gente vivía de la coca. Los cultivos agrícolas como el plátano eran pocos. Además era muy difícil sacarlos por la pasada del río pues había

que pagarles a ellos” testimonia Viviana. “Veíamos la coca como cualquier cosa”. Para el campesino es su comida para el gobierno es el delito. Vivir es un delito. Y ya metidos en delitos pues todo comienza con la mata de coca.

Y ES QUE TODO LO QUE SE TIENE ES LA COCA. Un campesino dedicado al cultivo de hoja de coca recuerda el momento en que el Ejército retomó el control militar de la zona: “no sé qué era peor: si tener a las Farc encima extorsionándonos o ver a los soldados arrancándonos hasta los tomates de la huerta. Los guerrilleros nos tenían como esclavos, pero el Ejército llegó tratándonos como basura”. Y la coca sigue. Y la coca que es planta ancestral y de sabiduría indígena se convierte en símbolo de la lucha entre el bien y el mal. Y cultivarla es estar en la mala pero mientras dure es estar en la buena. La gente sigue en la siembra de coca porque no tiene mucho más qué hacer y no tiene qué comer. El Estado llega fumiga y erradica las plantaciones de coca y amapola, se lleva unos presos y luego se va y solo queda la nada. Y de la nada no se puede vivir. Luego, la coca es mejor.

Y EL QUERER VIVIR APARTE DE LA COCA. “Mi papá no se comprometía con ellos y ese fue el punto de discordia más adelante”, explica Viviana y así comienza todo: había una vez un señor que no nos ayudaba y si no ayuda, entonces, era del otro bando. Esta es la lógica de la confrontación que marca la historia de Colombia. ¿O estás conmigo o estas contra mí? Y no hay pregunta por ideología, tampoco por intereses, nada de otros modos de vida. Todo es un duelo de morales. Pero la gente que habita el territorio sabe que todo puede ser diferente, y que nada es moralmente bueno o malo. “Se necesita unidad, lo dice la guerrilla, lo dice el Gobierno, lo dice la Iglesia, pero nosotros somos unos humildes campesinos que lo único que tenemos para defender nuestra vida son unas matas de café, unas matas de caña, unos hijos cabezones, *ojibrotaos*, barrigones, y no tenemos capacidad de darles todo lo que necesitan, pero somos *verracos* porque somos capaces de subsistir con lo que tenemos. Si eso es malo aquí estoy, mátenme” es la homilía de Ubaldo. Y de verdad, no es asunto de malos y buenos, es de sobrevivir, y donde no hay nada hay coca y solidaridad de pobres. Y de eso está hecho el relato de Colombia.

(iv) Y el referente colectivo y moral de Colombia es la familia, no la ley

Y LA FAMILIA LO ES TODO cuando uno va a la deriva, cuando el Estado no aparece o llega con sus peores defectos autoritarios o cuando la única defensa ante el mundo es pertenecer a un grupo armado, cuando eso pasa la familia es todo nuestro referente/ley. “Nuestra familia siempre ha estado frente o en medio de guerrilla o paramilitares pero siempre ha estado unida” y ahí en la familia Viviana encuentra la salvación y por eso ha sobrevivido, porque su familia ha estado ahí. “Y le pregunté por mi tío José, le dije que había escuchado su voz... ella se puso a llorar y no me respondió. Luego llegó mi papá y nos fuimos a casa, la alegría fue inmensa, mi hermana me abrazó y me dijo que nunca me iba a dejar solo. Poco a poco me fueron

explicando lo que había pasado. Mi mamá me contó que a mi tío se lo habían llevado para que a mí me dejaran en libertad. Pasaron varios días antes de que la policía encontrara el cadáver de mi tío. Esa fue una tragedia familiar” cuenta Jennifer. Y es que cuando a uno se le llevan un familiar, cuando se le acusa de guerrillero o paraco, cuando se le secuestra, ahí es cuando todo el sentido de vida se diluye. “Todo ese tiempo de búsqueda como que no pensaba. Sólo sentía que se me juntaba el cielo con la tierra. Sólo quería encontrar a mi hermano”, cuenta Rosalba. Es que si todo el sentido está en la familia, sin familia para qué vida. “Cuando me arrancaron a mi hermano se llevaron mis ilusiones. Mi sueño es que mis hijos puedan tener una familia. La felicidad de uno es que la familia pueda comer y vestirse bien, que tengan salud y disfruten el momento- ¿Es mucho pedir?” pregunta Rosalba. Y es que cuando toda la posibilidad de referencia colectiva está en la familia, la existencia carece de objetivo, la familia es la patria, la familia es el territorio, la familia es el relato de la nación Colombia.

Y SI CON LA FAMILIA ANDA TODO MAL porque no existe o pega o abandona o se pierde en el delito o las venganzas, pues ahí es cuando aparece la guerrilla o IOs paramilitares y crean pertenencia y ley. “La guerrilla primero lo carnetizaba a uno y en ese tiempo recuerdo que exigían el examen de sida. La guerrilla no permitía la prostitución. Tenían multas por mal comportamiento” cuenta Viviana. Y así se pertenece a algo, a algún orden, a un asunto social. Eso es todo el deseo: pertenecer! Eso es la nación: pertenecer a un territorio, un relato, una comunidad.

(v) La Colombia de la identidad desplazada

Y NOS QUEDAMOS EN LA NADA. Y si al colombiano ya le pasó el país por encima, ya le mataron a alguien, ya lo sacaron corriendo de su lugar cultural, ya lo signaron de terrorista, ya lo marcaron como desechable, y ya no le queda nada, solo le resta sobrevivir. Y para sobrevivir deambula, se mueve, camina su desgracia. Y se vuelve invisible para la sociedad. Y es visible para la autoridad. Y así nace la nueva Colombia, la de la identidad desplazada. Y es que por ejemplo, “en la carretera que unía a los pueblos había unos billares. Los de arriba juraban que los de abajo eran paras, y los de abajo, que los de arriba eran guerrilleros. Todavía hay gente que no sube o no baja, porque ahora están los militares y aún cargan su estigma...”. Y la verdad es que en Colombia no sabemos quién es el que manda, o mejor sabemos que la autoridad es de quien controla el territorio porque “lo más grave en la guerra siempre es pagar con la vida” y lo más triste “que los muchos que quedamos vivos también lo estamos pagando”. Y luego se van, y no saben para donde van, solo quieren salvar la vida porque ya lo dijo el filósofo del fútbol, en Colombia *perder es ganar un poco*. Se pierde lo que se tenía y hasta la tradición de donde se era para ganar la sobrevivencia.

Y ASÍ ES LA VIDA LA QUE NOS MARCA EL CAMINO. Y las historias de los sobrevivientes de Colombia son historias de desplazamiento y desarraigo *que me tocó irme...*, *que llegué a...*, *que lo perdí todo...*, *que me fui por unos días...*, *que estuve trabajando...* y así vamos siendo lo que cada día nos depare el camino. Y ese desplazarse, ese tener que irse, ese desarraigo de cultura, amigos y tierra hace que esta patria no parezca de uno, sino de otros; parece que en Colombia hay que pedir permiso para pertenecer a la nación Colombia. De razón, los indígenas concentran toda su lucha política en y por el territorio, en el permanecer en el territorio, conectados a la madre tierra. El territorio como sentido de identidad y nación.

Y LA SOCIEDAD NO NOS QUIERE. “Decir que somos desplazados es llevar como una mancha. La gente te empieza a mirar como bicho raro. Sus miradas, sus palabras, su trato duele mucho. Lo hacen sentir a uno avergonzado. Por eso renuncié a la ayuda” recuerda Rosalba. Y llegan a molestar la vida de los urbanos que no quieren ver la barbarie nacional, y llegan con el *inri* de desplazados... lo que significa que eso debe ser que son violentos y tal vez se merecen lo que les pasa... y así es muy difícil integrarse e incluirse en la nación Colombia. “A la vista de la sociedad en general y de los de la Red Social, los desplazados somos unas personas *chiringosas*, mal habladas, que olemos a feo, *brujosos*, de todo, porque si no, no se es desplazado”. Y los ubicados, los que habitamos el territorio localizado, poco entendemos que la mayoría de los desplazados van a otro lugar no porque lo quieran sino porque les toca y los obligan. Y es que ser de la nación Colombia significa asumir lo que nos trae el destino de las violencias, no lo que queremos como destino.

EL NO FUTURO. El relato de la nación colombiana es uno del *presentismo*, vivir sin pensar mañana. “De las 30 personas que formaban el Comité Cívico por los Derechos Humanos sólo quedábamos 3. Unos habían sido asesinados, otros desaparecidos y los demás se exiliaron. Pensé que era el fin. Si Josué tenía medidas provisionales de la Corte Interamericana de Derechos Humanos y la comunidad internacional estaba pendiente de él, ¿qué podía esperarnos a nosotros?” concluye doña Ilena. “Yo estaba amando la muerte —no tenía otra opción— y estaba muy tranquila. Cuando me acostaba dormía profundamente, sin sobresaltos. Siempre me despertaba puntualmente y me alegraba de estar viva” así se vive, feliz de estar vivos. Y es que ya se dice de manera irónica que cuando uno abre el ojo en la mañana debe exclamar “amanecí... y vamos ganando”. Y el silencio es el resultado de los miedos y así cada colombiano hace que nada es con uno, que mejor silencio porque las palabras matan. “A su sepelio no fue tanta gente como esperábamos. Todos teníamos miedo”. Y cada uno en lo suyo y nadie en lo de todos. Este es el relato de la nación colombiana: vivir con el miedo adentro. Miedo a morir, pero miedo a estar vivo. “Me atemoriza, eso sí, que me judicialicen injustamente: por ejemplo, que me metan algo en la camioneta y me vinculen con la guerrilla, que me pongan armas en algún montaje de los que siempre hace la fuerza pública y los organismos de seguridad para

mostrar los famosos positivos". Miedo a estar vivos y ser judicializado, a sentir que la justicia es una manera de matar en vida. ¡Qué nación!

(vi) Pero hay relatos de posibilidad

LA MUJER ES EL CENTRO DE LA VIDA, la resistencia, el deseo y por eso cuenta. Cuenta para resistir/existir/vivir. Y esa es Colombia, la nación que sobrevive del cuento y del cuento de sus mujeres. Los hombres vamos a la guerra y morimos, y ya. Las mujeres son las encargadas de la memoria, del aguante, del estar/continuar en la vida. Y por eso desde niñas les inculcan que ellas son la historia, la memoria, la continuidad, y por tanto el objetivo de conquista. "Allá funciona la guerrilla, les van a decir muchas cosas, de pronto a usted que es la mayorcita la van a enamorar, ojo con eso" le moralizó el papa de Viviana. Ud. es el relato/memoria/continuidad y se le quiere seducir, por eso cuídese. Y en eso de persistir y de jugar a la paciencia "los guerrilleros eran persistentes. Al colegio llegaban y nos hablaban y decían que uno se tiene que organizar y claro, convencían a más de uno". Y el Estado colombiano oficial llegaba y les decía lo mismo "organícense" y les damos dinero y desarrollo, pero dame tu voto. Guerrilla y Estado y las fuerzas militares y los paramilitares y los narcos y los corruptos prometen lo mismo: "Eso es chévere, solo usted va y si le gusta se queda, si no pues no". Y es que de eso es que trata la democracia, de hacernos felices. Pura ideología de vas y vives, y si es chévere, pues a lo bien. Ideología del *cheverismo*.

Y LA PARRANDA ES UNA POSIBILIDAD DE SOBREVIVIR. Y esa ideología del *cheverismo* es la que hace que el colombiano vea goce donde poco lo hay. "La luz era de planta eléctrica y la ponían de 6 a 9 de la noche entre semana, al medio día una hora y los fines de semana de las 10 a la 1 de la tarde y de 7 a 12 de la noche, para la parranda" dice Viviana. La ideología del *cheverismo* nos indica que la luz debe estar disponible para el goce. Y en el orden de prioridades de los colombianos primero está la rumba, el goce, la parranda... y es que cuando se vive con la sospecha de que la vida se acaba en cualquier momento, estar vivo es estar de fiesta.

Y EL AMOR NOS ILUSIONA. La ideología del *cheverismo* además de goce y fiesta tiene el melodrama del amor. "Tenía un novio. Él me propuso que nos fuéramos a vivir y acepté. ¡Fue un gran error! Quedé embarazada como a los cuatro meses de convivencia". Y esa es la historia más común, pensando en el amor se termina en el eterno melodrama colombiano: un hijo es todo el sentido de vida y pa´ lante y pa´ las que sea.

Y AHÍ APARECE DIOS. Y para el amor y la fiesta está el dios que proveerá. Y llega como disculpa "creo que si no me mataron es porque mi Dios me tiene para otras cosas". Y llega como destino y es que para Colombia su relato no depende de acciones concretas y conscientes de sus habitantes... no, todo es cosa de dios. Somos

súbditos de dios. Luego no somos responsables. El que debe responder es dios. Por eso “yo aprendí que uno aquí en la tierra no es dueño de nada” concluye Rosalba.

Y SE SOBREVIVE POR DIGNIDAD. “Mi dignidad, mi dignidad vale más que todo lo que se perdió” cuenta Rosalba. Y es la dignidad la que permite seguir viviendo con sentido, porque eso si depende de nosotros y no de dios, ni del Estado, ni de los políticos. Dignidad es hacerse respetar como ser humano. “El problema es que llega uno con la mente trastornada”. Y entonces toca sacar fuerzas y orgullos y dignidades de donde no quedan “mire señor, así como usted exige respeto, nosotros también se lo exigimos. Usted no tiene ningún derecho a tratarnos de esa forma” exclama Rosalba y exige su derecho al respeto, a la dignidad. Y mientras haya dignidad futuro, la posibilidad de futuro existe.

Y TODAVÍA EXISTE LA ESPERANZA. La esperanza aparece porque los guerreros todavía creen en la educación y la cultura. “El comandante se presentó y empezó a hablar y a decirme que él iba a ser mi defensor y que me darían su apoyo. Conmigo nunca se metieron. Para mí fueron un apoyo total: arreglaron la escuela, construyeron un lugar para que viviera y estuvieron pendientes de que nunca me faltara nada. Pasé de tenerles miedo a sentirme protegida”.

Y LA ESPERANZA EXISTE porque entre los sobrevivientes hay muchos testimonios de vida como el de Idelber Papamija, el profesor de música que está a punto de terminar quinto de primaria y fue elegido por votación entre los estudiantes para ser el gobernador del cabildo escolar. Y eso son los colombianos que sobreviven con esperanza, esos que pueden ser estudiantes y profesores y gobernadores y músicos, esos que quieren producir su vida de modo solidario y colectivo. Esa es la Colombia de la esperanza.

(vii) Colombia o las filosofías de la sobrevivencia

Y ASÍ SE DICE “NO ERAN TIEMPOS FÁCILES” Y SE ENTIENDE TODO. O “fueron minutos largos de silencio, de no saber qué pensar” y se cuenta toda la tragedia. O “nos miraba como mira un sobreviviente” y uno entiende. O cuando ella exclama que “sólo sentía que se me juntaba el cielo con la tierra”, y uno se da cuenta que no hay nada más que decir, que todo fue explicado. O “ya se logrará imaginar con el cielo aplastado contra la tierra y en la cabeza de uno no se encontraba ni principio ni fin”, y nadie podría expresar mejor el dolor de sobrevivir. O “ahí me acordé de un amigo quien, hacía años, me había dicho que siempre que uno necesitara un tiempo para pensar tenía que tomarse un café”, y entiende que eso es Colombia, eso que para pausar y conversar y pensar debemos tomar un cafecito. Aún en las dificultades un cafecito lo es todo.

Y CONTAR CUENTA. Parte de la dignidad del sobreviviente es contar lo que le ha pasado, que alguien se entere, que alguien oiga, que a alguien interese la vida del

sobreviviente. Entonces, “son cosas que es bueno comentarlas porque uno como que desahoga el corazón” dice Rosalba. Y es que contar es ser tenido en cuenta y dar cuenta de la vida de uno. Contar como reconciliación, como existir, como resistir. “Las armas de nosotros son nuestras manos vacías con las obras que hagamos. Eso es lo que ni la guerrilla ni el Ejército han entendido” concluye Ubaldo. Colombia es la nación de los que cuentan. Contar como estrategia para crear relato de Colombia. “Al final el hombre se fue. No era mi día, por eso puedo contar la historia”, de eso es que trata el sobrevivir, de contar la historia. Así es Colombia, una nación en la que se sobrevive llenando la existencia de frases, dichos, refranes, moralejas, aforismos del sobreviviente. Colombia está hecha de sentencias retóricas y culturales para poder evitar la muerte y contar la vida.

¡COLOMBIA ES CÓMO LA CONTAMOS! ¿Nos gusta el relato que venimos contando?